



Stefan Zweig



Ardiente Secreto

**E** LEJANDRIA

Stefan Zweig

Ardiente Secreto

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

## **ARDIENTE SECRETO**

**STEFAN ZWEIG**

**PUBLICADO: 1911**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

# CAPÍTULO I

## EL COMPAÑERO

El tren, con un chillido estridente, se detuvo en Summering. Por un momento, los vagones negros se quedaron quietos en la luz plateada de las alturas para soltar unas figuras humanas vívidas y tragar a otras. Voces exacerbadas se llamaban de un lado a otro; luego, con un resoplido, un traqueteo y otro chillido estridente, el oscuro tren se precipitó hacia la boca del túnel, y una vez más el paisaje se extendió ante la vista ininterrumpido en toda su amplia extensión, el fondo despejado por el viento húmedo.

Uno de los arribos, un joven agradablemente distinguido por su buena vestimenta y su enérgica marcha, se adelantó a los demás y entró en uno de los autobuses del hotel. Los caballos tomaron el empinado camino con calma. Se respiraba la primavera. En el cielo flotaban las blancas nubes cambiantes de mayo y junio, ligeras, juguetonas criaturas jóvenes que recorrían de forma traviesa el sendero azul del cielo, sumergiéndose de repente y ocultándose tras las montañas, abrazándose y huyendo, arrugándose como pañuelos, alargándose en vaporosos pañuelos y terminando su juego posándose pícaramente sobre las cimas de las montañas. Había

inquietud abajo, también, en el viento, que sacudía los delgados árboles, aún mojados por la lluvia, haciendo que sus ramas gimieran suavemente y derramaran mil gotas brillantes. De vez en cuando descendía un aliento fresco de nieve desde las montañas, y entonces se percibía en el aire algo a la vez cálido y cortante. Todo en la atmósfera y en la tierra estaba en movimiento y agitado con el fermento de la impaciencia. Los caballos sacudían sus cabezas y resoplaban mientras trotaban por una pendiente, el sonido de sus cascabeles tintineando muy por delante de ellos.

Al llegar al hotel, el joven se dirigió directamente a la recepción y examinó la lista de huéspedes. Se sintió decepcionado.

—¿Para qué demonios he venido aquí? —pensó irritado—. Encerrado aquí arriba en la montaña, totalmente solo, sin compañía; peor que en la oficina. Debo haber llegado demasiado temprano o demasiado tarde. Siempre tengo mala suerte con mis vacaciones. Ni un solo nombre que conozca. Si tan solo hubiera una o dos mujeres aquí para entablar una aventura, aunque fuera perfectamente inocente, si se quiere, tan solo para que la semana no resulte del todo desolada.

El joven, un barón de la nobleza no muy alta, ocupaba un puesto gubernamental y había conseguido este breve descanso no porque lo necesitara particularmente, sino porque todos sus colegas habían obtenido una semana libre en primavera y él no veía razón para regalar su "semana libre" al gobierno. Aunque no le faltaban recursos internos, era un ser enteramente sociable, siendo precisamente esa cualidad la que sus amigos apreciaban de él y por la que era bien recibido en todos los círculos. Era muy consciente de su incapacidad para estar solo y no tenía inclinación a encontrarse consigo mismo, por así decirlo, sino que evitaba su propia compañía, sin sentir el menor impulso de conocer íntimamente su propia alma. Sabía que necesitaba el contacto con otros seres humanos para encender sus talentos y avivar la calidez y el entusiasmo de su espíritu. Solo era como una cerilla en una caja, helada e inútil.

Caminaba de un lado a otro por el pasillo, completamente desorientado, deteniéndose de vez en cuando de manera irresoluta para pasar las páginas de las revistas, echar un vistazo a los periódicos o arrancar un vals en el piano de la sala de música. Finalmente se sentó, de mal humor, y observó cómo el crepúsculo creciente y la niebla gris se deslizaban en parches entre los abetos. Tras una larga, vana y nerviosa hora, se refugió en el comedor.

Hasta entonces, solo unas pocas mesas estaban ocupadas. Las examinó rápidamente. No sirvió de nada. Nadie a quien conociera, salvo—respondió a un saludo con desgana—a un caballero con quien había hablado en el tren y, más adelante, un rostro conocido de la metrópoli. Nadie más. Ni una sola mujer que prometiera siquiera una aventura momentánea. Se volvió cada vez más impaciente y desorientado.

Siendo un joven dotado de un rostro apuesto, siempre estaba dispuesto a una nueva experiencia. Era de esos hombres que están constantemente a la caza de una oportunidad para lanzarse a una aventura por el mero gusto de la novedad, pero a quienes nada sorprende porque, siempre a la espera, han calculado todas las posibilidades de antemano. Esos hombres nunca dejan pasar ningún elemento de lo erótico. La mera primera mirada que lanzan a una mujer es una exploración hacia lo sensual, una investigación imparcial que no distingue entre la esposa de un amigo o la criada que abre la puerta de su casa. Uno rara vez se da cuenta, al usar la palabra prefabricada “cazador de mujeres”, con la que despreciamos a tales hombres, de cuán cierta es la expresión y de cuánta observación fiel implica. En su vigilante alerta, todos los instintos apasionados de la caza están encendidos: el acecho, la emoción, la astucia cruel. Siempre están en su puesto, siempre listos y decididos a seguir las huellas de una aventura hasta el mismísimo borde del precipicio, siempre cargados de pasión, pero no la pasión de un amante, sino la fría, calculadora y peligrosa pasión de un jugador. Algunos de ellos son tenazmente perseverantes, y toda su vida se conforma, desde esta expectativa, en una perpetua aventura. Cada día se divide para ellos en cien pequeñas experiencias sensuales —

una mirada fugaz, una sonrisa pasajera, un contacto accidental de rodillas— y cada año en cien días de ese tipo, en los que la experiencia sensual constituye la fuente incesante, vivificante y estimulante de su existencia.

No había compañera para un juego aquí —eso detectó instintivamente el experimentado ojo del barón. Y no hay nada más exasperante que para un jugador, con cartas en la mano y consciente de su habilidad, sentarse en la mesa verde esperando en vano a una compañera. El barón pidió un periódico, pero simplemente recorrió con la mirada las columnas, inquieto. Sus pensamientos se encontraban paralizados y tartamudeó.

De repente, oyó el susurro de un vestido y una voz femenina que decía, en tono algo molesto:

—¡Pero cállate, Edgar!  
Su acento era afectado.

Una figura alta y voluptuosa, vestida con seda, pasó junto a su mesa, seguida de un pequeño niño pálido con un traje de terciopelo negro. El niño observaba al barón con curiosidad, mientras ambos se sentaban en una mesa reservada para ellos, frente a él. El pequeño hacía evidentes esfuerzos por comportarse correctamente, pero la formalidad parecía no concordar con la oscura, inquieta expresión de sus ojos.

La dama —la atención del joven se centró únicamente en ella— estaba sumamente arreglada y vestida con una elegancia conspicua. Era un tipo que particularmente agradaba al barón, una judía de figura algo opulenta, próxima, aunque aún no alcanzada, a la frontera de la madurez excesiva, y evidentemente de una naturaleza apasionada como la suya, pero lo suficientemente experimentada como para ocultar su temperamento tras un velo de melancolía digna. No pudo ver sus ojos, pero pudo admirar la hermosa curva de sus cejas, arqueándose limpias y bien definidas sobre una nariz delicada, pero noblemente curvada, que confería distinción a su rostro. Fue su nariz la que traicionó su raza. Su cabello, en

consonancia con todo lo demás en ella, era notablemente abundante. Su belleza parecía haberse empachado y volverse presumida con la segura conciencia de la riqueza de admiración que había provocado.

Con voz muy baja, hizo su pedido y le indicó al niño que dejara de hacer ruido con su tenedor, con aparente indiferencia ante la cautelosa y sigilosa mirada del barón. Parecía no notar su mirada, aunque, de hecho, fue su aguda y alerta vigilancia la que la había puesto en aprietos.

Un destello iluminó la penumbra del rostro del barón. Sus nervios respondieron como a una corriente subterránea, sus músculos se tensaron, su figura se enderezó y el fuego se encendió en sus ojos. No era distinto a aquellas mujeres que requieren de una presencia masculina para desplegar todas sus fuerzas. Necesitaba la estimulación del sexo para energizar por completo sus facultades. El cazador en él olfateó a la presa. Sus ojos intentaron desafiar los de ella, y su mirada se cruzó con la de ella, pero vacilante, sin ceder nunca a una ocasional relajación de los músculos alrededor de su boca, como si se insinuara una sonrisa incipiente, aunque no estaba seguro, y esa misma incertidumbre lo excitaba. Lo único que ofrecía promesa era su constante evasión visual, que sugería tanto resistencia como vergüenza. Además, la conversación que mantenía con su hijo lo animaba, claramente diseñada para exhibir, mientras que su calma exterior, sentía, era forzada y bastante superficial, señalando en realidad el inicio de una agitación interior. Estaba temblando. El juego había comenzado.

Cenó largamente y, durante una media hora completa, casi ininterrumpidamente, mantuvo a la mujer fija con su mirada, hasta que ésta recorrió cada línea de su rostro y tocó, sin ser vista, cada parte de su cuerpo.

Afuera, la oscuridad caía intensamente, los bosques gemían como si temieran infantilmente a las grandes nubes cargadas de lluvia que extendían tras ellos unas manos grises. Las sombras se profundizaban en la estancia, y el silencio parecía apretar a las

personas, acercándolas más unas a otras. Bajo el peso muerto de la quietud, el barón notó claramente que la conversación de la madre con su hijo se volvía aún más contenida y artificial y que pronto, estaba seguro, cesaría por completo.

Decidió hacer un experimento. Se levantó y se dirigió lentamente hacia la puerta, mirando más allá de la mujer hacia el exterior. En la puerta, dio un giro rápido, como si hubiera olvidado algo, y la atrapó mirándolo con agudo interés. Eso lo excitó.

Esperó en el vestíbulo. Al cabo de un rato, ella apareció, sosteniendo la mano del niño, y se detuvo un momento para hojear unas revistas y mostrarle algunas imágenes al pequeño. El barón se acercó a la mesa con aire casual, fingiendo buscar una publicación periódica. Su verdadera intención era indagar más allá del brillo húmedo de sus ojos y, quizás, iniciar una conversación.

La mujer se volvió de inmediato y tocó el hombro del niño.

—Ven, Edgar. Al cuarto.

Se deslizó junto al barón. Él la siguió con la mirada, algo decepcionado. Había contado con conocerla esa misma noche. Su manera brusca resultó desconcertante. Sin embargo, había una fascinación en su resistencia, y la incertidumbre añadía picardía a la persecución. En todo caso, había encontrado una compañera, y el juego podía comenzar.

# CAPÍTULO II

## AMISTAD RÁPIDA

A la mañana siguiente, al entrar en el vestíbulo, el barón vio al hijo de la hermosa Desconocida entablar una animada conversación con los dos botones, a quienes mostraba unas imágenes extraídas de un libro de Du Chaillu. Su madre no estaba con él, probablemente aún sin bajar de su habitación.

El barón observó detenidamente al muchacho. Parecía ser un pequeño tímido, poco desarrollado y nervioso, de unos doce años. Sus movimientos eran bruscos, sus ojos oscuros e inquietos, y daba la impresión, tan característica en niños de su edad, de estar asustado, como si acabara de despertar y se encontrara en un entorno extraño. Su rostro no era feo, pero sí bastante indeciso. La lucha entre la niñez y la adolescencia parecía a punto de iniciarse. Todo en él era como masa que ha sido amasada pero no formada en un pan. Nada se expresaba en líneas definidas, todo estaba borroso e inestable. Se hallaba en esa edad desgarrada en la que la ropa no le sienta, y las mangas y pantalones cuelgan de forma desaliñada, sin la vanidad necesaria para cuidar su apariencia.

El niño causaba una impresión bastante patética al deambular por el hotel sin rumbo fijo. Estorbaba a todos. Fastidiaba al portero con preguntas y, a continuación, era empujado a un lado, ya que se colocaba en el umbral, bloqueando el paso. Aparentemente, no había otros niños con quienes jugar, y en su necesidad infantil de

charla intentaba aferrarse a uno u otro de los empleados del hotel. Cuando tenían tiempo, le respondían, pero en cuanto aparecía un adulto dejaban de hablar y se negaban a prestarle mayor atención.

Al barón le resultaba interesante observar al niño, y lo miraba sonriendo mientras aquella desdichada criatura inspeccionaba con curiosidad a todo el mundo, siendo evitado universalmente por ser una molestia. En una ocasión, el barón interceptó una de sus miradas curiosas. Sus ojos negros se hundieron de inmediato, al verse observado, y se escondieron tras sus párpados caídos. El barón se divirtió. El niño empezaba a interesarle de verdad, y se le ocurrió que podría emplearse como el medio más rápido para acercarlo a su madre. Podría vencer su timidez, ya que se debía únicamente al miedo. En todo caso, valía la pena intentarlo. Así que cuando Edgar salió por la puerta para acariciar, en su necesidad infantil de ternura, las narinas rosadas de uno de los caballos del 'bus, el barón lo siguió.

Edgar, sin duda, tuvo mala suerte. El cochero lo alejó de forma bastante brusca. Ofendido y aburrido, volvió a deambular sin rumbo, con una mirada vacía y algo melancólica. Entonces el barón se dirigió a él.

—Bueno, jovencito, ¿qué te parece este sitio? —employó un tono de jovial despreocupación.

El niño se sonrojó considerablemente y alzó la vista, visiblemente alarmado, atrayendo sus brazos hacia el cuerpo y retorciéndose de vergüenza. Era la primera vez en su vida que un extraño se dirigía a él y no él al extraño.

—Oh —logró tartamudear, atragantándose en las últimas palabras—, gracias. Me... me gusta.

—¿Te gusta? Me sorprende —rió el barón—. Es un sitio aburrido, sobre todo para un muchacho como tú. ¿Qué haces tú durante todo el día?

Edgar aún estaba demasiado desconcertado para dar una respuesta inmediata. ¿Podría ser verdad que este extraño, este

elegante caballero, intentaba entablar una conversación con él —con él, a quien nadie había valorado jamás? Eso lo hacía sentir tanto tímido como orgulloso. Reunió fuerzas con dificultad.

—Leo, y damos muchos paseos. A veces salimos en coche, mi madre y yo. Estoy aquí para recuperarme. Estuve enfermo. Debo estar mucho al sol, dijo el doctor.

Edgar pronunció lo último con mayor seguridad. Los niños siempre se sienten orgullosos de sus dolencias. Saben que el peligro en el que se encuentran les hace parecer más importantes a los ojos de los mayores.

—Sí, el sol te hace bien. Te bronceará las mejillas. Pero no deberías estar parado todo el día. Un muchacho como tú debería estar en movimiento, corriendo, saltando, jugando, lleno de energía y, además, metido en algún lío. Me parece que eres demasiado bien portado. Con ese gran y gordo libro bajo el brazo pareces siempre estar husmeando en la casa. ¡Por Dios, cuando pienso en el tipo de muchacho que era yo a tu edad, solía revolver el diablo, y cada tarde volvía a casa con los calzones rotos! No seas tan bueno, en fin, lo que quieras.

Edgar no pudo evitar sonreír, y el hecho de percibir su propia sonrisa disipó su miedo. Ahora tenía muchas ganas de responder, pero le parecía demasiado atrevido y presuntuoso contestar a este afable extraño, que le hablaba de forma tan amistosa. Nunca había sido osado y se avergonzaba con facilidad, de modo que ahora se encontraba en la mayor confusión, entre la pura felicidad y la vergüenza. Le hubiera gustado continuar la conversación, pero no se le ocurría nada. Por suerte, el gran San Bernardo amarillo del hotel se acercó, olfateó a ambos y se dejó acariciar.

—¿Te gustan los perros? —preguntó el barón.

—Oh, mucho. La abuela tiene uno en su villa en Bains. Cuando vamos allí, se queda conmigo todo el tiempo. Pero eso es solo en verano, cuando vamos de visita.

—En mi finca tenemos muchos perros, creo que dos docenas. Si te comportas bien aquí, te obsequiaré uno, marrón con orejas blancas, aún cachorro. ¿Te gustaría tenerlo?

El niño se puso rojo de alegría.

—Me encantaría.

Las palabras casi brotaron de sus labios en un arrebatado de entusiasmo. Luego se contuvo y tartamudeó, angustiado y como asustado:

—Pero mi madre no me deja tener un perro. Dice que no quiere tener un perro en la casa. Es demasiada molestia.

El barón sonrió. La conversación, por fin, había girado hacia la madre.

—¿Es tan estricta tu madre?

El niño meditó y alzó la vista por un instante, como para averiguar si podía confiar en el extraño por tan leve conocimiento.

—No —contestó finalmente con cautela—, no es estricta, y desde que estuve enfermo me deja hacer lo que quiero. Quizá hasta me deje tener un perro.

—¿Quieres que se lo pregunte?

—¡Oh, sí, por favor! —exclamó Edgar encantado—. Si lo haces, seguro que cede. ¿Cómo es, dices? ¿Orejas blancas? ¿Sabe hacer trucos?

—Sí, de todo tipo de trucos. —El barón no pudo evitar sonreír al ver el brillo en los ojos de Edgar. Había sido tan fácil encender esa luz en ellos.

De repente, se disipó la contención del niño, y todo su emotividad, contenida hasta entonces por el miedo, se desbordó. En un instante, el tímido e intimidado niño de un momento antes se transformó en un chiquillo bullicioso.

—Si tan solo su madre se transformara tan rápido —pensó el barón—. Si tan solo mostrara tanta pasión tras su reserva.

Edgar se abalanzó sobre él con mil preguntas.

—¿Cómo se llama el perro?

—Caro.

—¡Caro! —exclamó feliz, respondiendo a cada palabra con una risa de júbilo, embriagado por lo inesperado de que alguien lo acogiera como amigo. El barón, asombrado por su propio éxito inmediato, decidió aprovechar el momento y lo invitó a dar un paseo con él. Esto llenó a Edgar, que hacía semanas estaba hambriento de compañía, de una fiebre de éxtasis.

Durante el paseo, el barón le hizo preguntas, casi de manera casual, sobre una serie de aparentes nimiedades, y Edgar, en respuesta, soltó toda la información que buscaba, contándole todo lo que quería saber sobre la familia.

Edgar era el único hijo de un abogado en la metrópoli, que evidentemente provenía de una acomodada familia judía de clase media. Mediante astutas y discretas preguntas, el barón logró saber que la madre de Edgar se había mostrado, en modo alguno, encantada con su estancia en Summering y se había quejado de la falta de compañía afín. Incluso llegó a inferir, por la manera evasiva en que Edgar respondió a la pregunta de si a su madre no le agradaba mucho su padre, que la relación matrimonial no era de las más felices. Casi le avergonzaba haber logrado extraer esos secretos familiares del desprevenido niño, pues Edgar, muy orgulloso de que lo que tuviera que decir pudiera interesar a un adulto, le confió con vehemencia a su nuevo amigo. Su corazoncito infantil latía de orgullo —el barón le había puesto el brazo sobre el hombro mientras caminaban—, al verse en tan estrecha intimidad con un “hombre”, y gradualmente se olvidó de ser un niño y habló con total soltura, como si fuese un igual.

De la conversación se desprendía con claridad que era un chico inteligente, de hecho, algo demasiado precoz, como suelen ser la

mayoría de los niños enfermizos que pasan mucho tiempo con los mayores, y sus gustos y disgustos estaban demasiado marcados. No aceptaba nada con calma ni indiferencia. Cada persona o cosa se discutía con un entusiasmo apasionado o con un odio tan intenso que deformaba su rostro en una mueca mezquina y fea. Había en su forma de ser algo salvaje y brusco, acentuado quizás por la enfermedad de la que acababa de recuperarse, lo que le confería a su charla el ímpetu de un fanatismo. Su torpeza parecía proceder del dolorosamente reprimido miedo a su propia pasión.

Antes de que transcurriese media hora, el barón ya tenía en sus manos el palpitante corazón del niño. Es tan infinitamente fácil engañar a los niños, esas criaturas tan desprevenidas cuyo amor rara vez se corteja. Todo lo que el barón necesitaba era transportarse a su propia infancia, y la charla fluía con naturalidad. Edgar se sintió en presencia de un igual, y en pocos minutos perdió cualquier sentido de la distancia entre ellos, estando completamente a gusto, consciente de nada más que del éxtasis de haber encontrado, tan inesperadamente, un amigo en aquel lugar solitario. ¡Y qué amigo! Se olvidaron por completo sus compañeros de la ciudad donde vivía, esos niños de voces delgadas y charlas inexpertas. Esa hora casi había borrado sus rostros. Todo su entusiasmo y pasión pasaron a pertenecerle a este nuevo, a este gran amigo suyo.

Al despedirse, el barón lo invitó a dar otro paseo con él al día siguiente. El corazón de Edgar se llenó de orgullo. Y, cuando desde cierta distancia el barón le devolvió la mano, como un verdadero compañero de juegos, fue probablemente el momento más feliz de su vida. Es tan fácil engañar a los niños.

El barón sonrió al ver al niño correr. El intermediario había sido ganado. Edgar, lo sabía, abrumaría a su madre con historias sobre el maravilloso barón y repetiría cada palabra que él hubiese dicho. Al recordar esto, se sentía complacido al pensar en lo astutamente que había entretejido algunos elogios para la madre. "Tu hermosa madre", decía siempre. No tenía la menor duda de que el niño

comunicativo no descansaría hasta haberlos juntado. Ya no hacía falta mover un dedo para acortar la distancia entre él y la encantadora Desconocida. Podía soñar y deleitarse con el paisaje, pues las ansiosas manos de un niño, lo sabía, estaban construyendo el puente hacia el corazón de ella.

## **CAPÍTULO III**

### **EL TRÍO**

El plan, como se evidenció apenas una hora después, resultó ser excelente. Funcionó sin contratiempos. El barón optó por llegar un poco tarde al comedor, y cuando Edgar lo vio, saltó de su asiento, le dirigió un enérgico gesto de asentimiento y una sonrisa beatífica, mientras jalaba la manga de su madre, diciéndole algo apresuradamente y señalando de manera conspicua al barón.

Su madre le reprochó su demostratividad. Se ruborizó y mostró un genuino malestar, pero no pudo evitar ceder ante la insistencia del niño y lanzó una mirada al barón. Este, de inmediato, aprovechó la ocasión para inclinarse en señal de deferencia.

Se hizo la presentación. La dama tuvo que corresponder su reverencia. Sin embargo, desde ese momento mantuvo la cabeza

aún más inclinada sobre su plato y, durante el resto de la comida, evitó con diligencia volver a mirar al barón.

No fue así con Edgar. Cada dos minutos dirigía sus ojos al barón, e incluso en una ocasión intentó hablarle a través de las dos mesas, una imprudencia que su madre reprendió severamente. Tan pronto como terminó la cena, le dijeron a Edgar que debía irse directamente a la cama, y comenzó un murmullo entusiasta entre él y su madre, que culminó en una concesión al muchacho. Se le permitió acercarse al barón para desearle las buenas noches. El barón pronunció algunas palabras amables y volvió a encender en el niño el fuego de su mirada.

En ese instante, el barón se levantó y, de la manera más hábil, como si fuera lo más natural del mundo, cruzó hacia la otra mesa y felicitó a su vecina por tener un hijo tan brillante e inteligente. Le comentó lo agradable que había sido pasar la mañana con él—Edgar resplandecía—, y luego inquirió por la salud del niño. En este punto formuló tantas preguntas detalladas que la madre se vio obligada a responder, viéndose arrastrada irresistiblemente a una conversación. Edgar escuchaba todo con una especie de asombro extasiado.

El barón se presentó a la dama. A él le parecía que el sonoro sonido de su nombre le había dejado una impresión en ella. En todo caso, ella perdió su extrema reserva, aunque conservó la perfecta dignidad.

Pocos minutos después, se despidió, alegando que Edgar tenía que ir a la cama, según dijo de pretexto.

Edgar protestó que no tenía sueño y que estaría encantado de quedarse despierto toda la noche. Pero su madre se mantuvo obstinada y, despidiéndose del barón, le ofreció la mano, a lo que éste respondió con un apretón muy respetuoso.

Edgar no durmió bien esa noche. Un caos de felicidad y desesperación infantil llenaba su alma. Algo nuevo se había abierto para él ese día. Por primera vez había jugado un papel en la vida de los adultos. En su estado semi-despierto olvidó que era un niño y, de

repente, se sintió un hombre hecho y derecho. Hijo único y a menudo enfermizo, nunca había tenido muchos amigos. Sus padres, que prestaban poca atención a sus necesidades, y los sirvientes habían sido los únicos en corresponder su ansia de ternura.

El poder del amor no se mide adecuadamente si se estima solo por el objeto que lo inspira, sin tener en cuenta la tensión que lo precede—ese lúgubre espacio de desilusión y soledad que se extiende ante todos los grandes acontecimientos del corazón.

En Edgar había permanecido una emoción intensamente cargada y no gastada, que ahora estalló y se lanzó a encontrar al primer ser humano que parecía merecerla. Yacía en la oscuridad, feliz y aturdido. Quería reír, pero tuvo que llorar. Porque amaba al barón como nunca había amado a un amigo, a un padre, a una madre, o incluso a Dios. Toda la pasión inmadura de su finita niñez se envolvía en su visión mental del hombre cuyo propio nombre le era desconocido apenas unas horas antes.

Era lo bastante sabio como para no alterarse por la peculiar e inesperada forma en que se había forjado aquella nueva amistad. Lo que le inquietaba era el sentimiento de su propia insuficiencia e insignificancia. “¿Soy yo digno de su compañía?”, se reprochaba. “¿Qué puedo significar yo, un niño, de tan solo doce años, que aún debe ir a la escuela y es enviado a la cama antes que nadie? ¿Qué puedo ofrecerle?”

El doloroso sentimiento de impotencia para expresar sus sentimientos de alguna manera le hacía sentir profundamente infeliz. En otras ocasiones, cuando se había encariñado con otro niño, lo primero que había hecho era ofrecer compartir sus sellos, canicas y troqueles. Ahora, tales posesiones infantiles, que hasta el día anterior habían tenido un valor y encanto inmensos a sus ojos, se habían depreciado. Le parecían absurdas. Las despreciaba. No podía ofrecer cosas así a su nuevo amigo. ¿De qué manera podría expresar sus sentimientos? La sensación de ser pequeño, de ser apenas la mitad de un ser, un mero niño de doce años, crecía en él y lo torturaba cada vez más. Nunca antes había maldecido tan

vehementemente su niñez, ni anhelado con tanto fervor despertar por la mañana siendo la persona con la que siempre había soñado: un hombre, grande y fuerte, hecho a la medida de los demás.

Sus inquietos pensamientos se mezclaban con los primeros sueños luminosos del nuevo mundo de la hombría. Finalmente se quedó dormido con una sonrisa en los labios, pero su sueño se veía constantemente interrumpido por la anticipación de la cita de la mañana siguiente. A las siete se despertó de un sobresalto, temeroso de haber llegado ya tarde. Se vistió apresuradamente y asombró a su madre cuando fue a desearle buenos días, ya que siempre le costaba sacarlo de la cama. Antes de que ella pudiera interrogarlo, él ya había salido de su habitación.

Con solo un pensamiento en la mente, no hacer esperar a su amigo, deambuló por el hotel sin apurarse, llegando incluso a olvidar el desayuno.

A las nueve y media el barón apareció paseando con aire despreocupado por el vestíbulo, sin dar a entender que algo le hubiera estado molestando. Por supuesto, se había olvidado por completo de la cita para el paseo, pero actuó como si estuviera muy dispuesto a cumplir su promesa cuando el niño se le acercó corriendo con tanto entusiasmo. Tomó a Edgar del brazo y recorrieron juntos el vestíbulo de manera pausada. Edgar irradiaba felicidad, aunque el barón se negó suavemente pero con firmeza a iniciar el paseo de inmediato. Parecía esperar algo. De vez en cuando, lanzaba una mirada nerviosa a alguna de las puertas. De repente se enderezó. La madre de Edgar había entrado en el vestíbulo.

Ella respondió al saludo del barón y se acercó a él con una expresión agradable. Edgar no le había contado nada del paseo. Era algo demasiado precioso para mencionarlo. Pero ahora, al oírlo, ella sonrió aprobatoriamente. Entonces él la invitó a acompañarlo, y ella no tardó en aceptar.

Eso puso a Edgar de mal humor. Se mordía los labios. ¡Qué provocativo que fuera que su madre hubiera aparecido en el vestíbulo en ese preciso momento! El paseo le pertenecía a él y solo a él. Es cierto que había presentado a su amigo a su madre, pero únicamente por cortesía. No había pretendido compartirlo con nadie. Algo parecido a los celos comenzó a agitarse en él al ver la simpatía del barón hacia su madre.

Durante el paseo, el peligroso sentimiento de importancia y el repentino ascenso a la prominencia que sentía el niño se vieron realzados por el interés que ambos adultos le mostraban. Era casi el tema exclusivo de su conversación. Su madre expresaba una solicitud algo hipócrita por su palidez y nerviosismo, mientras que el barón insistía en decir que no había de qué preocuparse, elogiando los buenos modales y la agradable manera de comportarse de su joven "amigo".

Fue la hora más feliz de la vida de Edgar. Se le concedieron derechos que nunca antes le habían sido permitidos. Se le permitió participar en la conversación sin el típico "¡calla, Edgar!". Incluso pudo expresar audaces deseos por los que antes habría sido reprendido. No es de extrañar que en su imaginación floreciera la engañosa sensación de haber dejado atrás la niñez. En sus luminosos sueños, la infancia ya se hallaba atrás, como un traje que había quedado pequeño y descartado.

Por invitación de la madre, el barón tomó su comida al mediodía en su mesa. Ella se mostraba cada vez más amistosa. El "vis-à-vis" se había convertido en compañero, y la simple camaradería en una amistad. El trío estaba en pleno apogeo, y las tres voces—la de la mujer, la del hombre y la del niño—se mezclaban en armonía.

# CAPÍTULO IV

## EL ATAQUE

El cazador impaciente sintió que había llegado el momento de acercarse sigilosamente a su presa. La triple dimensión del juego le resultaba irritante, y lo mismo ocurría con su tono. Sentarse allí y charlar era algo agradable, pero él buscaba algo más que simples palabras. El trato social, con la máscara que pone sobre el deseo, siempre retrasa, sabía, lo erótico entre el hombre y la mujer. Las palabras pierden su ardor, el ataque, su fuego. A pesar de que conversaban juntos sobre asuntos indiferentes, la madre de Edgar nunca debía olvidar el verdadero objeto de su atención, de lo cual, estaba convencido, ella ya era consciente.

Que sus esfuerzos por conquistar a aquella mujer no resultaran en vano le parecía muy probable. Se encontraba en la edad crítica en la que una mujer comienza a lamentar haberse mantenido fiel a un marido a quien nunca ha amado de verdad, y cuando el crepúsculo púrpura de su belleza aún le ofrece una última y urgente elección entre la maternidad y la feminidad. La vida, cuyas preguntas parecen haber sido respondidas hacía tiempo, se convierte de nuevo en un problema, y por última vez la aguja magnética de la voluntad vacila entre la esperanza de una intensa experiencia amorosa y la resignación definitiva. La mujer tiene ante sí una decisión peligrosa: vivir su propia vida o la de sus hijos, ser ante todo mujer o madre.

El barón, muy perspicaz en estos asuntos, creía percibir en la madre de Edgar esa misma vacilación entre el deseo de vivir su propia vida y la disposición a sacrificar sus ansias. En la conversación siempre omitía mencionar a su marido. Evidentemente, él satisfacía únicamente sus necesidades externas básicas y nada de la vanidad que una vida aristocrática podía despertar en ella. Y en cuanto a su hijo, conocía muy poco del alma del niño. Una sombra de hastío, que portaba el velo de la melancolía en sus ojos oscuros, cubría su vida y oscurecía su sensualidad.

El barón decidió actuar con rapidez, pero a la vez evitar cualquier apariencia de precipitación. Como un pescador que tienta al pez haciendo ondular y retirar el anzuelo, él fingiría una muestra de indiferencia y se dejaría cortejar mientras era él el que en realidad llevaba a cabo el cortejo. Adoptaría un aire altivo y resaltaría la diferencia en sus rangos sociales. Había en la idea de apropiarse de aquella hermosa y voluptuosa criatura una fascinación: bastaba con enfatizar su orgullo, con meros externos, con el uso de un nombre aristocrático sonoro y la adopción de un modo de conducta frío y orgulloso.

La persecución ya se calentaba. Tenía que ser cauto y no mostrar su excitación. Así que permaneció en su habitación toda la tarde, colmado de la agradable conciencia de ser buscado y, al mismo tiempo, extrañado. Pero su ausencia fue sentida no tanto por la mujer, a quien se dirigía el efecto, como por Edgar.

Para el pobre niño fue una simple tortura. Durante toda la tarde se sintió absolutamente impotente y perdido. Con la obstinada fidelidad propia de un niño, esperó, largo, largo rato, a su amigo. Irse o hacer algo por su cuenta le habría parecido un crimen contra su amistad, y se holgazaneó el tiempo en los pasillos del hotel, mientras su corazón se volvía cada vez más pesado a cada instante. Después de un tiempo, su ferviente imaginación comenzó a divagar sobre un posible accidente o algún insulto que, sin querer, le hubiese ofrecido a su amigo. Estaba al borde de las lágrimas por la impaciencia y la ansiedad.

Así que cuando, por la tarde, el barón apareció para la cena, recibió un saludo radiante. Edgar saltó de su asiento y, sin prestar atención al reproche de su madre ni al asombro de los demás comensales, se lanzó hacia el barón y le envolvió con sus delgados brazos.

—¿Dónde has estado? ¿Dónde has estado? Te hemos buscado por todas partes.

El rostro de la madre se enrojeció al oírse incluida en la búsqueda.

—Sé bueno, Edgar. Siéntate —dijo con cierto severidad. Siempre le hablaba en francés, aunque no le saliera con naturalidad, y si había que decir algo más que lo más sencillo, invariablemente se enredaba.

Edgar obedeció y volvió a su asiento, pero siguió interrogando al barón.

—Edgar —intervino su madre—, no olvides que el barón puede hacer lo que le plazca. Quizá nuestra compañía le aburra.

Ahora se incluía a sí misma, y el barón notó con satisfacción que la reprimenda dirigida al niño era, en realidad, una invitación a elogiarla a ella.

El cazador en él se despertó. Estaba embriagado, completamente excitado por haber encontrado tan rápidamente el camino correcto y por ver la presa tan cerca de la boca de su arma. Sus ojos brillaban, su sangre recorría con fuerza sus venas. Las palabras salían burbujeando de sus labios sin ningún esfuerzo consciente. Como todos los hombres con un temperamento marcadamente erótico, se desempeñaba el doble, era él mismo en dos ocasiones cuando sabía que a una mujer le agradaba, como si ciertos actores se encendieran al sentir que sus oyentes, aquella masa palpitante de humanidad, estaban completamente hechizados por ellos.

Naturalmente, siendo un excelente narrador, con gran habilidad en la descripción gráfica, se superó a sí mismo. Además, bebió varias copas de champán, ordenadas en honor a la nueva amistad. Habló

de cazar grandes animales en la India, donde había ido por invitación de un noble inglés. El tema estaba muy bien elegido. La conversación tenía que girar necesariamente en torno a asuntos triviales, pero este tema, creía el barón, encendería a la mujer como cualquier cosa exótica e inalcanzable para ella.

El que, sin embargo, ejercía el mayor encanto era Edgar. Sus ojos resplandecían de entusiasmo. Olvidó comer o beber y se quedó mirando al narrador como si quisiera arrebatarse las palabras con la mirada. Nunca había esperado ver en carne y hueso a un hombre que hubiese vivido aquellas tremendas experiencias que leía en sus libros—cacerías de tigres, hombres morenos, hindúes y el terrible Juggernaut, que aplastaba a miles de hombres bajo sus ruedas. Hasta entonces había pensado que tales hombres no existían realmente y creía en ellos no más que en un país de fantasía. Un cierto sentimiento nuevo y grandioso expandió su pecho. No podía apartar la vista de su amigo y miraba, conteniendo el aliento, las manos al otro lado de la mesa que, de verdad, habían matado a un tigre. Apenas se atrevía a formular una pregunta, y cuando se aventuraba a hablar lo hacía con un temblor febril en la voz. Su viva imaginación dibujaba la escena para cada relato. Veía a su amigo montado en un elefante adornado de púrpura, hombres morenos a la derecha y a la izquierda con ricos turbantes, y luego, de repente, el tigre saltando de la jungla con dientes rechinando y hundiendo sus garras en la trompa del elefante.

En ese momento, el barón contaba algo aún más interesante: cómo se capturaban elefantes mediante un truco. Utilizaban elefantes viejos y domesticados para atraer a los jóvenes, salvajes y de espíritu indomable, hacia un recinto. Los ojos del niño se encendieron. Entonces, como si un cuchillo cortara el aire justo entre él y el barón, su madre dijo, echando un vistazo al reloj:

—Nueve en punto. A la cama.

Edgar palideció. Que lo manden a la cama es ya de por sí algo espantoso para un niño que se hace mayor en cualquier momento. Es la humillación más patente en compañía de adultos, la

proclamación de que aún se es un niño, la estigmatización de ser pequeño y necesitar dormir como un infante. Pero cuán más terrible es en un momento tan interesante, cuando se perdería la oportunidad de escuchar cosas tan maravillosas.

—Solo esa historia, madre, solo esa historia de los elefantes.

Estaba a punto de suplicar, pero rápidamente recordó su nueva dignidad. Era un hombre hecho y derecho. Solo se atrevió a un intento. Pero esa noche su madre se mostró particularmente estricta.

—No, ya es tarde. Sube. Sé bueno, Edgar. Te contaré la historia de nuevo, exactamente como el barón me la contó.

Edgar titubeó un instante. Usualmente su madre subía con él, pero no iba a rogarle delante de su amigo. Su orgullo infantil le hizo querer dar a su lamentable retirada, al menos, la apariencia de ser voluntaria.

—¿De verdad? ¿Todo? ¿De los elefantes y de todo lo demás?

—Sí, Edgar, todo.

—¿¿Esta noche todavía??

—Sí, sí. Pero ahora ve a la cama.

Edgar se sorprendió de poder estrechar la mano del barón y de su madre sin sonrojarse. Los sollozos ya le ahogaban la garganta.

El barón pasó su mano, de buen humor, por su cabello y lo bajó sobre su frente. Eso dibujó una sonrisa forzada en los rasgos tensos del niño. Pero al siguiente instante tuvo que apresurarse hacia la puerta, o de lo contrario verían las grandes lágrimas acumuladas sobre sus párpados y resbalarían por sus mejillas.

# CAPÍTULO V

## LOS ELEFANTES

La madre de Edgar permaneció en la mesa con el barón un poco más. Pero los dos ya no hablaron de elefantes ni de cacería. Inmediatamente surgió entre ellos una especie de vergüenza indefinible, y una leve sensualidad se posó sobre su conversación. Tras un tiempo salieron al vestíbulo y se sentaron en un rincón.

El barón estaba más radiante que nunca. La mujer se encontraba un poco caliente tras haber bebido dos copas de champán, de modo que la conversación tomó rápidamente un giro peligroso. El barón no era, en el sentido estricto, un hombre atractivo. Simplemente era joven y tenía un aire varonil en su rostro moreno, enérgico y juvenil, y la cautivaba con sus movimientos frescos, casi descuidados. Le gustaba mirarlo tan de cerca y ya no le daba miedo encontrarse con sus ojos.

Poco a poco se infiltró en su lenguaje una audacia que, vagamente, la desconcertaba. Era como si apretara su cuerpo y luego lo dejara ir, un tipo intangible de deseo que hacía correr la sangre hasta su rostro. Al siguiente momento, sin embargo, volvía a reír, con una risa fácil, desinhibida y juvenil, que hacía parecer en broma sus leves manifestaciones de deseo. A veces decía cosas a las que ella sentía que debía objetar sin rodeos, pero era una coqueta nata, y sus insignificantes desfachateces solo despertaban en ella el gusto por algo más. Se dejaba llevar por su mirada audaz y, al cabo,

llegó incluso a imitarlo, respondiendo a sus miradas con pequeñas promesas revoloteantes de sus propios ojos, entregándose a él en palabras y gestos. Le permitió acercarse, de modo que, de vez en cuando, sentía el cálido roce de su aliento en los hombros.

Como todos los jugadores, ambos olvidaron el paso del tiempo y se dejaron absorber tanto que se sobresaltaron al apagarse las luces del vestíbulo a medianoche.

La mujer se levantó de un salto al sentir el primer impulso de alarma. En ese mismo instante se dio cuenta de hasta dónde había llegado su osadía. No era la primera vez que jugaba con fuego, pero ahora sus instintos, todos excitados, le decían que el juego había rozado peligrosamente lo serio. Se estremeció por descubrir que ya no se sentía del todo segura, que algo en ella se deslizaba y caía hacia un abismo. Su cabeza giraba de la alarma, de la leve intoxicación del champán y del eco del ardiente lenguaje del barón en sus oídos. Una sorda angustia la invadió. Había experimentado ese tipo de pavor en momentos similares y peligrosos en otras ocasiones, pero nunca le había sobrepasado tanto. Ese vértigo extremo era algo que nunca antes había sentido.

—Buenas noches —dijo apresuradamente—. Hasta mañana.

Sintió ganas de huir, no tanto de él, sino del peligro del momento y de una extraña e inédita inseguridad que sentía dentro.

Pero el barón le tomó la mano con un apretón firme pero delicado y la besó cuatro o cinco veces, desde las delicadas puntas de sus dedos hasta su muñeca. Un pequeño escalofrío recorrió su cuerpo al rozar el áspero bigote del barón en el dorso de su mano, y su sangre se calentó y subió a su cabeza. Sus mejillas se iluminaron. Sentía un martilleo en las sienes. Un miedo salvaje e irracional la hizo retirar la mano de golpe.

—No te vayas, no te vayas —suplicó el barón en un susurro.

Pero ella ya se había ido, la torpeza de su prisa dejaba al descubierto su terror y confusión. Experimentaba la excitación que el barón deseaba. Estaba toda confundida, un momento aterrorizada

de que el hombre detrás pudiera seguirla y rodearla con sus brazos, y al siguiente lamentando que no lo hubiera hecho. En esos pocos segundos pudo haber ocurrido aquello con lo que había soñado durante años, la gran aventura. Siempre había sentido un voluptuoso placer en acercarse al borde de una aventura y luego retroceder en el último instante, una aventura de gran peligrosidad, no una mera ligereza pasajera. Pero el barón era demasiado orgulloso para aprovechar ahora su ventaja, demasiado seguro de su victoria para tomar a esa mujer como un ladrón en un momento de debilidad e embriaguez. Un buen deportista prefiere que su presa muestre resistencia y se rinda de forma consciente. La mujer no pudo escapar de él. El virus, sabía, ya bullía en sus venas.

Se detuvo en el rellano superior y se llevó la mano al corazón palpitante. Tenía que descansar un poco. Sus nervios estaban al límite. Exhaló un gran suspiro, en parte de alivio por haber escapado de un peligro, en parte de pesar. Sus emociones se mezclaban, y lo único de lo que era vívidamente consciente era del torbellino de su sangre y de un leve mareo. Con los ojos entrecerrados se abanicó como una mujer ebria hacia la puerta y suspiró de alivio al sentir la fría perilla en su mano. Al fin estaba a salvo.

Abrió la puerta suavemente y al siguiente segundo dio un sobresalto de terror. Algo se había movido en lo más profundo de la oscuridad. En su estado excitado eso fue demasiado, y estuvo a punto de gritar pidiendo ayuda cuando una voz muy, muy somnolienta se escuchó desde dentro, diciendo:

—¿Eres tú, mamá?

—¡Dios mío! ¿Qué haces aquí?

Corrió hacia el sofá donde Edgar yacía acurrucado, tratando de mantenerse bien despierto. Pensó que el niño debía estar enfermo y necesitaba atención.

—Te esperé tanto, y luego me dormí.

—¿Qué esperabas?

—Ya sabes... para oír acerca de los elefantes.

—¿Elefantes? Al oír la pregunta, la madre de Edgar recordó su promesa. Esa noche tenía que contarle todo sobre las cacerías de elefantes y las otras aventuras del barón. Y así, el simple niño se había arrastrado hasta su habitación y, con una fe incuestionable, la había esperado hasta quedarse dormido. La absurdidad de ello la enfureció, o mejor, se enojó consigo misma, y por ello quiso gritar con más fuerza que el diminuto susurro de su conciencia, que le decía que había cometido una vergonzosa falta.

—¡Vete a la cama de inmediato, mocoso! —exclamó.

Edgar la miró. ¿Por qué estaba tan enfadada? Él no había hecho nada malo. Pero su propio asombro solo la hizo enojar más.

—¡Vete a la cama de inmediato! —gritó, furiosa, al sentir lo injusta que estaba siendo con el niño.

Edgar se fue sin decir palabra. Estaba terriblemente adormecido y apenas percibía que su madre no había cumplido su promesa y que, de alguna manera, lo trataban con desdén. Sin embargo, no se rebeló. Sus sensibilidades estaban embotadas por el sueño. Además, estaba enfadado consigo mismo por haberse dormido mientras esperaba.

—Como un bebé —se dijo con disgusto, antes de volver a quedarse dormido.

Desde el día anterior se odiaba a sí mismo por seguir siendo un niño.

# CAPÍTULO VI

## LAS ESCARAMUZAS

El barón había pasado una mala noche. Es bastante inútil intentar dormir después de una aventura que se ha interrumpido abruptamente. Revolcándose en su cama y despertándose de pesadillas opresivas, el barón pronto lamentó no haber aprovechado el momento. A la mañana siguiente, cuando bajó, seguía adormilado y malhumorado, y sin ganas de relacionarse con Edgar, quien, al verlo, salió corriendo de un rincón, le rodeó la cintura con sus delgados brazos y comenzó a bombardearlo con mil preguntas. El muchacho se mostraba feliz de tener a su gran amigo para él solo, sin tener que compartirlo con su madre. Le imploraba que no le contara sus historias a ella, sino solo a él. A pesar de su promesa, ella no había relatado todas aquellas cosas maravillosas que había dicho que contaría. Edgar asaltó al barón con cien importunidades infantiles y tempestivas demostraciones de amor. Al fin estaba tan contento de haberlo vuelto a encontrar y de estar a solas con él, ya que lo había esperado desde muy temprano en la mañana.

El barón le dio al niño respuestas bruscas. Esa eterna espera, esas preguntas tontas—en resumen, la pasión no solicitada del muchacho—empezaron a fastidiarlo. Estaba cansado de andar todo el día con un cachorro de doce años, hablando sin sentido. Lo único que le importaba ahora era aprovechar la ocasión y quedarse a solas con la madre, algo que resultaba difícil de lograr con ese niño que,

permanentemente, le imponía su presencia. Por primera vez, el barón maldijo su imprudencia al haber despertado tanto afecto, pues no veía, al menos en esta ocasión, ninguna oportunidad de deshacerse de su amigo demasiado, demasiado devoto.

En todo caso, había valido la pena intentarlo. El barón esperó hasta las diez, hora a la que la madre de Edgar había aceptado salir a pasear con él. Se sentó junto al muchacho, sin prestarle atención a su parloteo e incluso hojeó el periódico, aunque de vez en cuando le lanzaba al niño alguna migaja de conversación para no insultarlo. Cuando la aguja del reloj marcó las diez y los minutos estaban a punto de llegar a las doce, le pidió a Edgar, como si de repente recordara algo, que le hiciera un favor y corriera al hotel de al lado para averiguar si su primo, el conde Rosny, había llegado. Encantado al fin de poder servir a su amigo, el desprevenido niño salió corriendo tan rápido como sus piernas se lo permitían, lanzándose por la carretera de manera tan disparatada que la gente lo miraba maravillada.

—El conde Rosny —le dijo el empleado— no ha llegado, ni siquiera ha anunciado su llegada.

Edgar volvió de inmediato para llevar esa información a su amigo. Pero, ¿dónde estaba su amigo? No se encontraba en ningún sitio del vestíbulo. Quizás en su habitación. Edgar subió corriendo las escaleras y llamó a su puerta. No hubo respuesta. Bajó de nuevo y buscó en la sala de música, en el café, en las verandas, en la sala de fumadores. En vano. Se apresuró a la habitación de su madre para ver si ella sabía algo del barón. Pero ella también se había marchado. Finalmente, en su desesperación, cuando se dirigió al portero, le informaron que los dos habían salido juntos hacía unos minutos.

Edgar esperó pacientemente su regreso. No sospechaba nada y estaba seguro de que volverían pronto, ya que el barón quería saber si su primo había llegado o no. Sin embargo, pasaron largos períodos de tiempo, y gradualmente la inquietud se apoderó de él. Desde el momento en que aquel extraño y seductor hombre entró

en su pequeña vida, sin que aún hubiera matizado sospecha alguna, el niño había pasado sus días en un estado continuo de tensión, temblor y confusión. En organismos tan delicados como los de los niños, cada emoción se imprime como sobre cera blanda. Los párpados de Edgar comenzaron a moverse de nuevo, y ya se había vuelto un par de tonos más pálido.

Esperó y esperó, primero pacientemente, luego con un excitante frenesí, al borde de las lágrimas. Sin embargo, ninguna sospecha se coló en su alma infantil. Tan ciegamente confiado estaba en su maravilloso amigo que se convenció de que debía haber habido algún malentendido, y se torturaba temiendo no haber cumplido su encargo correctamente.

Pero, cuando por fin regresaron a casa, qué extraño que se demoraran en el umbral, hablando alegremente sin mostrar la menor sorpresa y, aparentemente, sin haberle extrañado demasiado.

—Salimos esperando encontrarte, Eddie —dijo el barón, olvidándose de preguntar si el conde había llegado. Al ver a Edgar, consternado porque debían haberlo buscado entre los dos hoteles, y tras asegurar con entusiasmo que había tomado el camino recto, y preguntarles por la dirección a la que habían ido, su madre lo interrumpió bruscamente:

—Muy bien, Edgar, muy bien. Los niños deben ser vistos y no oídos.

Ahí, pensó Edgar, ruborizándose de ira, era la segunda vez que su madre intentaba, de tan espantosa manera, hacerle parecer pequeño frente a su amigo. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué siempre quería presentarlo como un niño cuando, estaba convencido, ya no lo era? Evidentemente, ella estaba celosa de su amigo y planeaba quedárselo para sí sola. Sí, eso era, y fue ella quien intencionadamente indujo al barón a equivocarse de camino. Pero él no permitiría que la tratara así de nuevo, se lo demostraría. Iba a ser rencoroso, no le diría ni una palabra a ella en la mesa, y hablaría solo con su amigo.

Sin embargo, no fue tan fácil guardar silencio como él pensaba. Las cosas tomaron un rumbo totalmente imprevisto. Ni su madre ni el barón notaron su actitud de resentimiento. Es más, ni siquiera le prestaron la menor atención a él, quien, el día anterior, había sido el medio para que se juntaran. Hablaron por encima de su cabeza, rieron y bromeaban como si él hubiera desaparecido de debajo de la mesa. Su sangre se le subió a la cabeza y sintió un nudo en la garganta. Una horrible sensación de impotencia lo abrumó. ¿Estaba condenado a sentarse allí en silencio y observar cómo su madre le arrebatava a su amigo, el único hombre al que amaba, mientras él, Edgar, no hacía ningún movimiento en defensa propia y usaba como única arma el silencio? Sintió que debía levantarse y golpear la mesa con los puños cerrados, solo para hacer que lo notaran. Pero se contuvo, dejó a un lado el cuchillo y el tenedor y dejó de comer. Y aun esto, tardaron mucho en notarlo. No fue hasta el último plato cuando su madre se dio cuenta de que él no había probado su comida y le preguntó si no se encontraba bien.

—Repugnante —pensó—. Eso es lo único en lo que ella piensa, si estoy enfermo o no. Nada de mí le importa de verdad.

Le dijo brevemente que no tenía hambre, lo que la satisfizo. Nada, absolutamente nada, los obligaba a prestarle atención. El barón parecía haberse olvidado completamente de él; al menos, nunca le dirigió ni una sola palabra. Sus ojos se calentaban con lágrimas contenidas, y finalmente tuvo que recurrir al recurso infantil de levantar su servilleta como un biombo para ocultar las traicioneras gotas que se deslizaban por sus mejillas y salaban sus labios. Cuando la comida llegó por fin a su fin, soltó un suspiro de alivio.

Durante la comida, su madre había propuesto dar una vuelta en coche hasta un lugar interesante de la zona, y Edgar había escuchado con la boca entreabierta. Así que ella no iba a permitirle ni un solo momento a solas con su amigo. Pero ahora, al levantarse de la mesa, ocurrió algo aún peor, y la ira de Edgar se transformó en una furia de odio.

—Edgar —dijo su madre—, vas a olvidar todo lo que aprendiste en el colegio. Más vale que te quedes aquí esta tarde mientras salimos a dar un paseo y estudies un poco.

Él volvió a apretar sus pequeños puños. Ahí estaba ella otra vez, humillándolo frente a su amigo, recordándole públicamente que seguía siendo un niño que tenía que ir al colegio y cuya presencia era meramente tolerada por los mayores. Esta vez, sin embargo, sus intenciones eran demasiado obvias, y Edgar se sintió satisfecho al darle la espalda sin replicar.

—Otra vez insultada —dijo ella, sonriendo, y luego, dirigiéndose al barón—, ¿realmente crees que es tan malo que pase una hora estudiando de vez en cuando?

Ante esto—algo se coagula en el corazón del niño—, ante esto el barón, quien se llamaba a sí mismo su amigo y se había burlado de él por ser empollón, respondió que una o dos horas realmente no le harían daño.

¿Había algún acuerdo entre los dos? ¿Se habían aliado en su contra?

—Mi padre —dijo el muchacho, con los ojos fulgurando de ira—, prohibió que estudiara aquí. Quiere que recupere mi salud aquí.

Edgar arrojó esto con todo el orgullo que le daba su enfermedad, aferrándose desesperadamente al dictamen de su padre y a la autoridad paterna. Salió como una amenaza, y para su inmensa sorpresa tuvo efecto, pareciendo incomodar a ambos, sobre todo a su madre, quien apartó la mirada y empezó a tamborilear nerviosamente sobre la mesa con los dedos. Hubo, por un momento, un silencio doloroso, roto finalmente por el barón, que dijo con una risa forzada:

—Es justo como dices, Eddie. Yo mismo ya no tengo que hacer exámenes. Los suspendí todos hace mucho tiempo.

Edgar no sonrió, pero miró al barón con una mirada anhelante y escrutadora, como si quisiera indagar lo más profundo de su ser.

¿Qué estaba sucediendo en el alma del barón? Algo entre él y Edgar había cambiado, y el niño no sabía qué ni por qué. Sus ojos vagaban inestables, en su corazón palpitaba un poco más rápido, su primera sospecha.

## **CAPÍTULO VII**

### **ARDIENTE SECRETO**

—¿QUÉ los ha hecho tan diferentes? —se preguntaba el niño mientras se sentaba frente a ellos en el coche—. ¿Por qué no se comportan conmigo como al principio? ¿Por qué mamá evade mi mirada cuando la miro? ¿Por qué él siempre trata de bromear cuando estoy cerca y se hace el tonto? No me hablan como ayer ni como anteayer. Incluso sus rostros parecen distintos. Los labios de mamá están tan rojos que debe habérselos pintado. Nunca la había visto hacer eso antes. Y él sigue frunciendo el ceño, como si se sintiera ofendido. ¿Habré dicho algo para molestarlos? No, no he dicho ni una palabra. No puede ser por mi culpa que hayan cambiado tanto. Incluso su manera de tratarse entre ellos no es la misma de antes. Se comportan como si hubieran sido traviesos y no se atrevieran a confesarlo. No charlan como ayer, ni ríen. Están avergonzados, ocultan algo. Tienen un secreto entre ellos que no quieren contarme. Voy a descubrirlo. Debo hacerlo, no me importa lo

que pase, debo hacerlo. Creo saber de qué se trata. Debe ser lo mismo de lo que siempre me excluyen los adultos cuando hablan de ello. Es de lo que tratan los libros, y aparece en las óperas cuando los hombres y las mujeres en el escenario se quedan cantando frente a frente con los brazos extendidos, se abrazan y se empujan. Debe tener algo que ver con mi institutriz francesa, que se portó tan mal con papá y fue despedida. Todas estas cosas están conectadas. Siento que lo están, pero no sé cómo. ¡Oh, descubrirlo, al fin descubrirlo, ese secreto! ¡Tener la llave que abre todas las puertas! No ser ya un niño, con todo lo oculto y siempre retenido y engañado. ¡Ahora o nunca! ¡Se lo arrancaré, ese espantoso secreto!

Una honda arruga se formó entre las cejas del niño. Parecía casi viejo mientras se sentaba en el coche, cogitando dolorosamente este gran misterio y sin echar ni una sola mirada al paisaje, que se teñía de todos los delicados colores de la primavera, las montañas en el verde renovado de sus pinos, los valles en los verdes más brumosos de los árboles que brotan, la vegetación y la hierba joven. Lo único que tenía ojos eran el hombre y la mujer en el asiento de enfrente, como si, con su mirada ardiente, como con un anzuelo, pudiera arrebatarse el secreto de las profundidades centelleantes de sus ojos.

Nada da tan aguda ventaja a la inteligencia como una sospecha apasionada. Todas las posibilidades de una mente inmadura se desarrollan por un sendero que conduce a la oscuridad. A veces es sólo una única puerta ligera la que mantiene a los niños fuera del mundo que llamamos el mundo real, y una casual ráfaga de viento puede abrirla.

De pronto, Edgar se sintió tangible y más cercano, más cercano que nunca, a la Desconocida, al Gran Secreto. Estaba justo a su lado, aún velado e indescifrado, pero muy próximo. Eso lo excitaba, y fue eso lo que le prestó su repentina solemnidad. Inconscientemente, percibía que se acercaba a los márgenes exteriores de la niñez.

El barón y la madre de Edgar ambos eran conscientes de una muda oposición frente a ellos sin darse cuenta de que emanaba del

niño. La presencia de una tercera persona en el coche los cohibía, y aquellos dos orbes oscuros y resplandecientes en frente actuaban como un freno. Apenas se atrevían a hablar o a levantar la mirada, y era imposible para ellos volver al tono conversacional ligero y relajado del día anterior, tan enredados ya estaban en confidencias apasionadas y palabras que sugerían caricias secretas. Empezaban un tema, pronto se detenían, decían una frase rota o dos, volvían a intentarlo, y luego caían de nuevo en completo silencio. Todo lo que decían parecía tropezar siempre con el obstinado silencio del niño y fracasar.

La madre se veía especialmente oprimida por la taciturna quietud de su hijo. Al darle una mirada cautelosa por el rabillo de los ojos, se sorprendió al observar, por primera vez, en la manera en que Edgar comprimía los labios, un parecido con su marido cuando se enoja. En ese preciso momento, cuando ella jugaba "al escondite" con una aventura, era más que desconcertante que le recordaran a su marido. El niño, a sólo un pie o dos de distancia, con sus oscuros y inquietos ojos y esa sugestión detrás de su frente pálida de estar acechando, le parecía como un fantasma, un guardián de su conciencia, doblemente intolerable allí, en el reducido espacio del coche. De repente, por un segundo, Edgar levantó la mirada y encontró la de su madre. Al instante bajaron los ojos, conscientes de que se estaban espiando mutuamente. Hasta entonces, cada uno había tenido una fe implícita en el otro. Ahora algo había intervenido entre madre e hijo y había marcado la diferencia. Por primera vez en sus vidas, se pusieron a observarse, a separar sus destinos, con un secreto odio que ya empezaba a crecer en sus corazones, aunque el sentimiento era demasiado joven para que cualquiera lo admitiera.

Cuando los caballos se detuvieron en la entrada del hotel, los tres se sintieron aliviados. La excursión había sido un fracaso, sentían cada uno, aunque no lo expresaron. Edgar fue el primero en bajar del coche. Su madre se excusó para subir directamente a su habitación, alegando un dolor de cabeza. Estaba cansada y quería estar sola. Edgar y el barón se quedaron a solas.

El barón pagó al cochero, miró su reloj y subió los escalones del vestíbulo, sin prestarle atención a Edgar, y lo pasó de largo con ese vaivén despreocupado de su delgada espalda que había encantado tanto al niño, quien inmediatamente comenzó a imitar la forma de caminar del barón. El barón pasó rozándolo, justo a su lado. Evidentemente se había olvidado de él y lo dejó de pie junto al chófer y a los caballos, como si no le perteneciera.

Algo en Edgar se hizo añicos al ver que el hombre, a quien a pesar de todo aún idolatraba, lo había desestimado de esa manera. Una amarga desesperación llenó su corazón cuando el barón se fue sin siquiera tocarlo con su abrigo o decirle una sola palabra, cuando él, Edgar, era consciente de no haber hecho nada malo. Su dolorosamente forzada contención se derrumbó, el peso demasiado grande de la dignidad que se había impuesto cayó de sus estrechos y pequeños hombros, y volvió a ser el niño, pequeño y humilde, como había sido el día anterior. En la cima de los escalones, se plantó frente al barón y dijo con voz tensa, cargada de lágrimas contenidas:

—¿Qué te he hecho para que ya no me notes? ¿Por qué eres siempre así conmigo ahora? ¿Y mamá, también? ¿Por qué siempre me despides? ¿Soy una molestia para ustedes, o he hecho algo para ofenderlos?

El barón se sorprendió. Había algo en la voz del niño que, al principio, lo alteró, y luego lo conmovió con ternura y simpatía por el desprevenido muchacho.

—Eres un patito, Eddie. Yo es que hoy ando medio mal. Eres un chico encantador, y de verdad te quiero —dijo, despeinándole la cabeza a Edgar, pero con el rostro vuelto para no tener que ver aquellos grandes y húmedos ojos suplicantes del niño. La farsa que jugaba se estaba volviendo dolorosa. Empezaba a avergonzarse de haberse burlado tan insolentemente del amor del niño. Aquella pequeña voz, temblorosa por sollozos reprimidos, lo hirió profundamente. —Sube ya, Eddie. Esta noche nos llevaremos tan bien como siempre, ya verás.

—¿No vas a dejar que mamá me mande a la cama de inmediato, verdad?

—No, no, Eddie —sonrió el barón—. Solo sube. Debo vestirme para la cena.

Edgar se fue, feliz por el momento. Pronto, sin embargo, el martillo volvió a golpear su corazón. Había crecido años desde el día anterior. Un extraño huésped, la Desconfianza, se había alojado en su pecho infantil.

Esperó el examen decisivo, en la mesa. Llegaron las nueve, y su madre aún no había dicho palabra acerca de mandarlo a la cama. ¿Por qué le dejaba quedarse, justamente hoy, cuando normalmente es tan puntual? Eso le molestaba. ¡Habría sido el barón quien le dijo lo que había dicho! Se consumió de pesar, de repente, por haber corrido tras el barón con tanta confianza. A las diez, su madre se levantó y se despidió del barón, quien, curiosamente, no mostró sorpresa por su partida temprana y no intentó retenerla, como solía hacer. El martillo golpeaba con más fuerza el pecho de Edgar.

Ahora debía aplicar la prueba con sumo cuidado. Él también se comportaba como si no sospechara nada y seguía a su madre hasta la puerta. En ese mismo segundo, captó una mirada sonriente que viajó por encima de su cabeza directo al barón y pareció indicar un entendimiento mutuo, un secreto compartido. ¡Así que el barón lo había traicionado! Por eso su madre se había marchado tan temprano. ¡A mí, Edgar, me iban a arrullar con una sensación de seguridad para que no me interpusiera al día siguiente!

—¡Despreciable! —murmuró.

—¿Qué es eso? —preguntó su madre.

—Nada —murmuró entre dientes, apretando los puños.

Él también tenía su secreto. Su secreto era el odio, un gran odio hacia los dos.

# CAPÍTULO VIII

## LA HOSTILIDAD SILENTE

El tumulto de las emociones encontradas de Edgar se transformó en un sentimiento único, suave y claro, de odio y hostilidad manifiesta, concentrado y sin adulterar. Ahora que estaba seguro de interponerse en su camino, el impositivo efecto de su presencia les daba una voluptuosa satisfacción. Siempre acompañándolo con la fuerza comprimida de su enemistad, él los incitaría hasta enloquecer. Se regodeaba con esa idea. El primero a quien mostró sus dientes fue el barón, cuando éste bajó por la mañana y dijo "¡Hola, Edgar!" con genuina cordialidad en la voz. Edgar se quedó sentado en la butaca y respondió de manera seca con un frío "Buenos días."

—¿Ya está tu madre abajo?

Edgar mantuvo sus ojos fijos en su periódico.

—No lo sé.

El barón se mostró desconcertado.

—¿Has dormido mal, Eddie? —El barón contaba con una broma para aliviar la situación, pero Edgar simplemente lanzó un despectivo "No" y siguió estudiando el papel.

—Estúpido —murmuró el barón, encogiéndose de hombros y alejándose. Se habían declarado las hostilidades.

Con su madre, la actitud de Edgar fue fría y cortés. Cuando ella intentó, de forma torpe, mandarlo a la pista de tenis, él le dio un sutil desaire, y su sonrisa y la amarga mueca en las comisuras de su boca dejaron claro que ya no era posible engañarlo.

—Prefiero ir a caminar contigo, mamá —dijo, mostrando una aparente amistad, mirándola fijamente a los ojos. Su respuesta, claramente, no era de su gusto. Ella vaciló y pareció estar buscando algo.

—Espérame aquí —decidió al fin, y se retiró al comedor para desayunar.

Edgar esperó, pero su desconfianza era vivaz, y sus instintos, todos en alerta, extraían de cada palabra que ahora decían el barón y su madre un secreto hostil. La sospecha comenzaba a dotarlo, a veces, de una notable perspicacia. Por ello, en lugar de esperar en el vestíbulo, como se le había mandado, salió al exterior a un lugar desde donde dominaba no solo la entrada principal, sino todas las salidas del hotel. Algo en él olfateaba engaño. Se ocultó tras una pila de leña, como hacen los indios en los libros, y cuando, media hora después, vio a su madre salir por una puerta lateral portando un ramo de exquisitas rosas, seguida por el barón, el traidor, se rió de júbilo. Parecían alegres y llenos de brío. ¿Acaso se sentían aliviados de haber escapado de él para quedar a solas con su secreto? Reían mientras conversaban, y se internaban en la carretera que conducía al bosque.

El momento había llegado. Edgar, como si el mero azar lo hubiese llevado allí, salió del escondite tras la pila de leña y caminó a su encuentro, con la máxima compostura, dándose el tiempo suficiente para deleitarse con su sorpresa. Cuando ellos lo divisaron, se mostraron bastante atónitos, como él pudo notar, e intercambiaron una mirada de asombro. El niño avanzó lentamente, con un aire fingidamente despreocupado, sin apartar su mirada burlona de sus rostros.

—¡Oh, aquí estás, Eddie! Te buscábamos adentro —dijo finalmente su madre.

—¡El mentiroso descarado! —pensó el niño, pero mantuvo los labios apretados, reprimiendo el secreto de su odio. Los tres se quedaron allí, indecisos, vigilándose mutuamente.

—Bueno, sigamos —dijo la mujer, irritada pero resignada, y arrancó una de las hermosas rosas para morderla. Sus fosas nasales temblaban, señal de extrema ira. Edgar se quedó quieto, como si le importara poco que continuasen o no su camino, alzó la vista al cielo, esperó a que arrancaran y luego los siguió a su ritmo. El barón hizo un último intento.

—Hoy hay un torneo de tenis. ¿Has visto alguno alguna vez?

El barón ya no merecía respuesta. Edgar tan solo le lanzó una mirada de desdén y frunció los labios, como si fuese a silbar. Esa fue su respuesta completa. Su odio mostraba sus dientes al descubierto.

La presencia no deseada de Edgar pesaba sobre los dos como una pesadilla. Se sentían como convictos que siguen a su carcelero, apretando los dientes y cerrando los puños en secreto. Edgar ni hacía ni decía nada fuera de lo común, sin embargo, cada momento se volvía más insoportable para ellos, con sus miradas vigilantes de grandes ojos húmedos y su obstinada morosidad, que era como un gruñido prolongado ante cualquier intento de avance de su parte.

—Sigán ustedes adelante —exclamó de repente su madre, irritada por el hecho de que él escuchara atentamente todo lo que ella y el barón decían—. No estés brincando a mis pies. Me pones inquieta.

Edgar obedeció. Pero cada pocos pasos se detenía, se daba vuelta y se quedaba quieto, esperando a que ellos lo alcanzaran si se demoraban, dejando que su mirada recorriera a los dos de forma diabólica y los envolviera en una ardiente red de odio, en la que, sentían, quedaban inextricablemente enredados. Su silencio malévolo corroía su buen ánimo como ácido, y su mirada deslumbrante apagaba la gallardía de su conversación. El barón no volvió a intentar cortejar a la mujer a su lado, sintiendo,

furiosamente, que ella se le escapaba porque su miedo a ese molesto y repugnante niño enfriaba la pasión que él había avivado con tanto esfuerzo. Tras repetidos intentos fallidos de conversación, siguieron trotando por el camino en completo silencio, sin oír más que el susurro de las hojas y sus propios pasos desalentados.

Ahora había una hostilidad activa en cada uno de los tres. El niño traicionado percibía con satisfacción cómo su ira se acumulaba impotente contra su pequeña y despreciada persona. De vez en cuando lanzaba una mirada irónica y perspicaz al semblante hosco del barón, y veía cómo este murmuraba maldiciones entre dientes, debiéndose contener de lanzarlas. También observó, con sarcástica alegría, cómo la furia de su madre crecía, y que ambos anhelaban la oportunidad de atacarlo, de despedirlo o de volverlo inofensivo. Pero él no les daba ocasión; las tácticas de su odio habían sido preparadas con tanta antelación que no dejaban ningún punto descubierto.

—Regresemos —exclamó de golpe su madre, sintiendo que ya no podía controlarse y que debía hacer algo, aunque sólo fuera gritar, bajo la imposición de tal tortura.

—Qué lástima —dijo Edgar en voz baja—, es tan bonito.

Los otros dos se dieron cuenta de que el niño se burlaba de ellos, pero no se atrevieron a replicar, pues su tirano había aprendido maravillosamente en dos días el supremo arte del autocontrol. Ni un temblor en su rostro delataba su mordaz ironía. Sin pronunciar otra palabra, regresaron por el camino largo hacia el hotel.

Cuando Edgar y su madre quedaron a solas en su habitación, su excitación aún bullía. Ella arrojó sus guantes y su sombrilla con enojo. Edgar no dejó de notar esos signos y se percató de que sus nervios electrificados buscarían descargarse, pero él pretendía provocar un estallido y se quedó a propósito en su habitación. Ella caminaba de un lado a otro, se sentaba, tamborileaba en la mesa con los dedos y saltaba de nuevo.

—Qué desaseado te ves. Andas por ahí hecho un desastre. Es una vergüenza. ¿No te da vergüenza a ti, siendo un chico de tu edad?

Sin oponer palabra alguna, Edgar se dirigió al tocador de su madre y se lavó y se peinó. Su frío y obstinado silencio, y el quiebre irónico de sus labios, la llevaron al delirio. Nada la habría complacido tanto como darle una buena paliza.

—Vete a tu habitación —gritó, incapaz de soportar su presencia ni un segundo más. Edgar sonrió y salió de la habitación.

¡Cómo temblaban ellos a su lado! ¡Cómo temían cada momento su presencia, el implacable agarre de sus ojos! Cuanto peor se sentían, más se regodeaba él, y mayor se volvía su satisfacción. Edgar torturaba a los dos indefensos con la crueldad casi animal de los niños. El barón, porque no había perdido la esperanza de gastarle una broma al muchacho y pensaba en nada más que en el objetivo de sus deseos, aún contenía su ira, pero la madre de Edgar perdía el control y se iba resbalando constantemente. Le era un alivio poder gritarle.

—¡No juegues con tu tenedor! —exclamó en la mesa—. Eres un mono mal educado. No mereces estar en compañía de adultos.

Edgar sonrió, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado. Sabía que el estallido de su madre era una señal de desesperación, y se enorgulleció de haberla hecho delatarse. Su porte y mirada ahora eran tan compuestos como los de un médico. En días anteriores podría haberle respondido con rudeza para molestarla. Pero el odio enseña muchas cosas, y rápido. Cómo se mantuvo callado, y siguió callado, y siguió callado, hasta que su madre, bajo la presión de su silencio, comenzó a gritar. Ya no lo pudo soportar. Cuando se levantaron de la mesa y Edgar, con su natural aire de apego, se dispuso a seguirla a ella y al barón, su ira contenida estalló de repente. Ella se dio la vuelta, dándose la espalda, y estuvo a punto de marcharse, furiosa consigo misma por haberle confesado tanto a su pequeño hijo, cuando la voz de Edgar se oyó, diciendo con frialdad:

—Papá no quiere que esté solo aquí. Me hizo prometer no portarme salvajemente y quedarme con ustedes.

Edgar enfatizó “Papá”, habiendo notado en la ocasión anterior que esa palabra tenía un efecto paralizante en ambos. De algún modo, por lo tanto, dedujo que su padre debía estar implicado en tan gran misterio y tener un secreto poder sobre ellos, porque la mera mención de su nombre parecía asustarlos y afligirlos. Esta vez tampoco dijeron nada. Depositaron sus armas.

La madre salió de la habitación con el barón, y Edgar los siguió, no humildemente como un criado, sino duro, severo, inexorable, como un guardián de prisioneros, haciendo resonar las cadenas contra las cuales se esforzaban en vano. El odio había templado la fuerza de su niño interior. Él, el ignorante, era más fuerte que los dos mayores, cuyas manos estaban atadas por tan grande secreto.

## **CAPÍTULO IX**

### **LOS MENTIROsos**

El tiempo apremiaba. Las vacaciones del barón terminarían pronto, y los pocos días restantes debían aprovecharse al máximo. No servía de nada, sentían tanto él como la madre de Edgar, intentar derribar la pertinacia del niño excitado. Así que recurrieron a la extrema

medida de la evasión y huida vergonzosa, simplemente para escapar durante una o dos horas de su yugo.

—Por favor, lleva estas cartas y haz que se envíen en la oficina de correos —dijo su madre a Edgar en el vestíbulo, mientras el barón estaba afuera mandando llamar un taxi. Edgar, recordando que hasta entonces su madre había enviado a los botones del hotel en sus recados, se mostró desconfiado. ¿Estarían tramando algo contra él? Vaciló.

—¿Dónde me esperarás?

—Aquí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Entonces, asegúrate de no irte antes de que yo regrese. ¿Esperarás aquí en el vestíbulo, verdad? —en el ejercicio de su superioridad, adoptó un tono autoritario con su madre. Muchas cosas habían cambiado desde anteayer.

En la puerta se encontró con el barón, a quien habló por primera vez en dos días.

—Voy a la oficina de correos a enviar estas cartas. Mi madre me espera. Por favor, no te vayas hasta que regrese.

El barón se apresuró a pasar de largo.

—Muy bien. Esperaremos.

Edgar corrió a toda velocidad a la oficina de correos, donde tuvo que esperar mientras un hombre delante suyo formulaba una docena de preguntas tontas. Finalmente llegó su turno, y por fin fue libre de volver al hotel, al cual alcanzó justo a tiempo para ver partir en coche a la pareja. Se puso rígido de ira y sintió el impulso de coger una piedra y lanzársela. Así que, después de todo, se habían escapado de él, ipero por una mentira tan vil y despreciable! Había descubierto el día anterior que su madre mentía, pero que podía, con tal desenfado, desatender una promesa expresa, lo que

quebrantó su último vestigio de confianza. Ya no podía comprender la vida, ahora que se daba cuenta de que las palabras que había pensado revestían una realidad no eran más que burbujas a punto de estallar. ¡Pero qué secreto tan espantoso debe ser el que impulsa a los adultos a tales extremos, a mentirle a él, un niño, y a escabullirse como ladrones! En los libros que había leído, los hombres se engañaban y se asesinaban entre sí por dinero, poder, imperio, pero ¿cuál era el motivo aquí? ¿Qué querían la madre y el barón? ¿Por qué se esconden de mí? ¿Qué tratan de ocultar con sus mentiras? Se quebró la cabeza en busca de respuestas a ese enigma. Vaguamente intuyó que ese secreto era el cerrojo que, al abrirse, desataba la puerta para dejar atrás la niñez, y dominarlo significaba hacerse mayor, convertirse por fin en un hombre. ¡Oh, qué quisiera saber de qué se trataba! Pero ya no pudo pensar con claridad. Su furia por haberse escapado de él era como un fuego que le llenaba los ojos de humo abrasador y le impedía ver.

Corrió hacia el bosque y, justo a tiempo, alcanzó un rincón oscuro y tranquilo, donde nadie podía verle, y estalló en llanto.

—¡Mentirosos! ¡Perros! ¡Viles—viles—viles!

Sintió que debía gritar esas palabras para aliviar su frenesí. Toda la rabia reprimida, la impaciencia, la irritación, la curiosidad, la impotencia y el sentimiento de traición de los últimos días, que había contenido con la dulce creencia de que ya era un adulto y debía comportarse como tal, ahora brotaron de él en un ataque de llanto y sollozos. Fue el último ataque de llanto de su niñez. Por última vez se entregó a la dicha de llorar como una mujer. En ese momento de furia incontrolada, sus lágrimas lavaron toda su infancia, su confianza, su amor, su credulidad, su respeto.

El muchacho que regresó al hotel era diferente del niño que lo había abandonado. Estaba frío y sereno. Primero fue a su habitación y se lavó la cara con cuidado para que los dos no se deleitaran al ver las huellas de sus lágrimas. Luego planeó su estrategia y esperó pacientemente, sin la menor agitación.

Resultó que había muchos huéspedes en el vestíbulo cuando el coche se detuvo en la puerta. Dos caballeros jugaban al ajedrez, algunos otros leían sus periódicos, y un grupo de damas conversaba reunido. Edgar se sentó entre ellos, callado, algo pálido, con la mirada vacilante. Cuando su madre y el barón aparecieron en la puerta, algo avergonzados al encontrarlo tan pronto, y comenzaron a balbucear sus excusas previamente ensayadas, él los confrontó con calma y dijo al barón, en tono desafiante:

—Tengo algo que decirle, señor.

—Muy bien, más tarde, un poco más tarde.

Edgar, alzando la voz y articulando cada palabra con claridad para que todos en el vestíbulo pudieran oír:

—No, ahora. Usted se comportó como un villano. Sabía que mi madre me esperaba, y usted...

—¡Edgar! —exclamó su madre, sintiendo todas las miradas puestas en ella, y se abalanzó sobre él. Pero Edgar, dándose cuenta de que ella quería silenciarlo, gritó a todo pulmón:

—¡Lo repito, frente a todos, usted mintió, mintió de forma vergonzosa. Fue un truco sucio!

El barón palideció, la gente lo miró, algunos se rieron. La madre abrazó al muchacho, quien temblaba de emoción, y tartamudeó con voz ronca:

—¡Vete ya a tu habitación, o te daré una paliza aquí mismo, frente a todos!

Pero Edgar ya se había calmado. Lamentó haber sido tan violento y se sintió descontento consigo mismo por no haber desafiado al barón con frialdad, como había planeado. Pero su ira había sido más fuerte que su voluntad. Se giró y caminó hacia la escalera con un aire de perfecta compostura.

—Debes disculparlo —continuó su madre, tartamudeando, confundida por las miradas maliciosas que le lanzaban,—. Es un niño

nervioso, ya sabes.

Ella temía a más no poder a un escándalo, y sabía que debía mostrarse inocente. En lugar de huir inmediatamente, se dirigió al mostrador, pidió su correspondencia y realizó varias otras averiguaciones antes de subirse las escaleras, como si nada hubiera pasado. Pero detrás de ella, era muy consciente de que había dejado tras de sí un reguero de comentarios en susurros y risitas contenidas. En el primer descansillo vaciló, y el resto de los escalones los subió más despacio. Siempre le resultaban difíciles las situaciones serias, y temía la inevitable explicación con Edgar. Era culpable, no podía negarlo, y temía la mirada curiosa del niño, que la paralizaba y la llenaba de incertidumbre. En su timidez, decidió intentar la ternura, pues en una batalla el niño excitado, sabía, era el más fuerte.

Giró suavemente el pomo. Edgar estaba sentado, tranquilo y frío, con los ojos puestos en ella a su entrada, sin delatar ni un atisbo de curiosidad. Parecía estar muy seguro de sí mismo.

—Edgar —comenzó ella, con el tono más maternal—, ¿qué te ha pasado? Me avergüenzaste. ¿Cómo puede uno portarse tan mal, sobre todo siendo un niño ante un adulto? Debes pedirle perdón al barón de inmediato.

—No lo haré.

Mientras hablaba, Edgar miraba por la ventana, y sus palabras podían haber estado dirigidas a los árboles. Su seguridad comenzaba a asombrar a su madre.

—Edgar, ¿qué te ocurre? Eres tan diferente de lo que eras. Solías ser un buen niño, sensato, con quien se podía razonar. Y de repente actúas como si el diablo se hubiera metido en ti. ¿Qué tienes contra el barón? Al principio te caía tan bien. Era tan amable contigo.

—Sí, porque él quiso conocerla a usted.

—¡Nonsense! ¿Cómo se te ocurre pensar algo así?

El niño se encendió.

—Es un mentiroso. Es falso hasta la médula. Todo lo que hace es calculado y vulgar. Quiso conocerte, por eso se hizo amigo mío y me prometió un perro. No sé lo que te prometió a usted, o por qué es tan amable contigo, pero también quiere algo de ti, mamá, ¡seguro que sí! Si no fuera así, no sería tan educado y afable. Es un malvado. Miente. Basta con mirarlo bien una vez, y verás lo falsos que son sus ojos. ¡Oh, lo odio!

—¡Edgar, cómo puedes decir eso! —protestó débilmente ella, confundida. Sentía que el niño tenía razón.

—Sí, es un malvado, no puedes hacerme creer lo contrario. Debes ver que lo es. ¿Por qué le teme a mí? ¿Por qué intenta mantenerse al margen? Porque sabe que puedo ver a través de él y de su maldad.

—¿Cómo puedes hablar así? —seguía protestando ella con debilidad, como si su cerebro se hubiera secado.

De repente, una gran angustia la invadió, ya fuera por el barón o por el niño, no lo sabía. Edgar vio que su advertencia estaba haciendo efecto, y se lanzó a conquistarla, a ganarla para que se aliaran en su odio y hostilidad contra el barón. Se acercó a ella suavemente, la abrazó y dijo, con una voz que, excitada, resultaba halagadora:

—Mamá, tú misma debes haber notado que no es nada bueno lo que él quiere. Te ha cambiado por completo. Eres tú quien ha cambiado, no yo. Él te puso en mi contra solo para tenerte para sí. Estoy seguro de que tiene la intención de engañarte. No sé lo que te prometió, pero pase lo que pase, no piensa cumplir su promesa. Debes tener cuidado con él. Un hombre que miente a una persona, también le mentirá a otra. Es un hombre muy, muy malo. No debes confiar en él.

La voz de Edgar, suave y casi entre sollozos, parecía hablar desde lo más profundo de su propio corazón. Desde el día anterior, un sentimiento incómodo había ido creciendo en ella, diciéndole lo mismo, con énfasis cada vez mayor. Pero ella se avergonzaba de

admitirle a su propio hijo que tenía razón, y se refugió, como tantos lo hacen bajo el estrés de emociones abrumadoras, en una respuesta tosca. Se enderezó.

—Los niños no entienden esas cosas. No tienes derecho a inmiscuirte en esos asuntos. Debes comportarte. Eso es todo.

El rostro de Edgar se endureció de nuevo.

—Muy bien. Te lo he advertido.

—¿Entonces no le pedirás perdón al barón?

—No.

Se quedaron frente a frente, y la madre comprendió que su autoridad estaba en juego.

—Entonces te quedarás aquí arriba y comerás solo, y no se te permitirá venir a la mesa ni sentarte con nosotros hasta que le pidas perdón. Te enseñaré modales. No saldrás de esta habitación hasta que yo te lo permita, ¿me oyes?

Edgar sonrió. Esa sonrisa astuta parecía formar parte de sus labios ahora. Interiormente, se enojó consigo mismo. ¡Qué tonto haber dejado que mi corazón se desbordara de nuevo y haber intentado advertirla, la mentirosa!

Su madre salió apresuradamente sin volverle a mirar. Esa mirada cáustica suya la aterrorizó. El niño se había convertido en una absoluta molestia para ella desde que se dio cuenta de que tenía los ojos bien abiertos y decía exactamente lo que ella no quería saber ni oír. Era increíble tener una voz interior, su conciencia, separada de sí misma, incorporada en su hijo, que iba por ahí, advirtiéndola y burlándose de ella. Hasta entonces, el niño había permanecido junto a su vida, como un adorno, un juguete, algo en lo que amar y confiar, a veces quizá una carga, pero siempre algo que se movía en la misma corriente de su propia existencia, al compás de ella. Por primera vez, esa presencia se alzó y se opuso a su voluntad. Un sentimiento semejante al odio se mezcló en sus pensamientos acerca de su hijo. Y sin embargo, mientras bajaba las escaleras, una

pequeña voz infantil y fatigada brotó de su propio pecho, diciendo: “Debes tener cuidado con él.”

En uno de los descansillos había un espejo. El destello del mismo golpeó sus ojos, y se detuvo para examinarse, interrogativamente. Miró cada vez más profundamente en su propio rostro, hasta que los labios de su imagen se abrieron en una leve sonrisa y se formaron como si quisieran pronunciar una palabra peligrosa. La voz interior seguía hablando, pero ella echó los hombros hacia atrás, como para sacudirse todos aquellos pensamientos invisibles, lanzó una mirada brillante a su reflejo, ajustó su falda y descendió el resto de las escaleras con el aire decidido de una jugadora que ha apostado su última moneda sobre la mesa.

## **CAPÍTULO X**

### **EN LA SEÑAL**

El camarero, tras haberle servido la cena a Edgar en su habitación, cerró y cerró la puerta con llave tras de sí. El niño se levantó furioso. ¡Las mañas de su madre! Debe haber dado órdenes para encerrarle como a una bestia viciosa.

—¿Qué estará ocurriendo abajo —reflexionaba sombríamente—, mientras yo estoy encerrado aquí? ¿De qué hablarán, me pregunto?

¿Se está consumando el misterio y me lo estoy perdiendo? Oh, este secreto que huelo a mi alrededor cuando estoy con los adultos, aquello de lo que me excluyen por la noche y que les hace bajar la voz cuando los sorprendo sin esperarlo, ese gran secreto que ha estado cerca de mí durante días, al alcance de la mano, pero aún inasible. He hecho todo lo posible por descubrirlo.

Edgar recordó la época en que hurtó libros de la biblioteca de su padre y los leyó, y descubrió que contenían el misterio, aunque no pudo comprenderlo. Concluyó que debía existir algún tipo de sello, ya sea en él mismo o en los demás, que primero tuviese que ser eliminado antes de poder desentrañar el misterio. También recordó cómo suplicó a la criada que le explicara los oscuros pasajes de los libros y ella tan sólo se rió de él.

—Horrible —pensó—, ser un niño, lleno de curiosidad, y sin poder siquiera pedir información, siempre ridiculizado por los adultos, como si uno fuera un tonto inútil. Pero no importa, voy a descubrirlo, y muy pronto, estoy seguro de que lo haré. Ya tengo parte de él en mis manos, y no pienso soltarlo hasta tenerlo completo.

Escuchó, atento, para ver si alguien venía a la habitación. Afuera, los árboles se mecían con una brisa fuerte, que al atrapar el espejo plateado de la luz de la luna lo despedazaba en temblorosos fragmentos a través de la red de ramas.

—No puede ser algo bueno lo que pretendan hacer, si no habrían utilizado tan insignificantes mentiras para apartarme de su camino. Claro que se están riendo de mí, ¡pobres criaturas!, porque por fin se han librado de mí. Pero seré yo quien se ría a continuación. ¡Qué tonto he sido al permitirme ser encerrado en esta habitación y darles un momento para ellos, en lugar de pegarme a ellos como una espina y observar cada uno de sus movimientos! Sé que los adultos siempre son descuidados, y ellos también se delatarán. Los adultos piensan que aún somos bebés y siempre se van a dormir por la noche. Olvidan que podemos fingir dormir y seguir escuchando, y que aparentamos ser tontos cuando en realidad somos muy listos.

Edgar se sonrió sarcásticamente al tiempo que sus pensamientos volvían al nacimiento de un primo bebé. La familia, en su presencia, había fingido sorpresa, y él sabía muy bien que no estaban sorprendidos, porque durante semanas los había oído, por la noche, cuando creían que él dormía, discutir sobre el inminente suceso. Y él se propuso engañar a su madre y al barón de la misma manera.

—Oh, si tan sólo pudiera mirar por el ojo de la cerradura y verlos mientras fingen estar solos y seguros. Quizá sería buena idea tocar, y algún muchacho vendría a abrir la puerta y preguntaría qué quiero. O podría hacer un ruido terrible rompiendo cosas, y entonces ellos destaparían la puerta y yo me escabulliría.

Al pensarlo mejor, decidió descartar ambos planes, pues eran incompatibles con su orgullo. Nadie debe ver lo despreciable que ha sido tratado, y esperaría hasta el día siguiente.

Desde debajo de su ventana se oyó una risa de mujer. Edgar se sobresaltó. Quizás era su madre riéndose. Tenía razones para reír y burlarse del desamparado niño que está encerrado cuando es una molestia y lo arrojan a un rincón como un fardo de harapos. Se asomó cautelosamente por la ventana y miró. No, no era su madre, sino una de un grupo de muchachas alegres que se burlaban de un muchacho.

Al asomarse, Edgar observó que su ventana no estaba muy alta del suelo, y de inmediato se le ocurrió saltar y espiar a su madre y al barón. Estaba enardecido por la alegría de su decisión, sintiendo que ahora tenía el gran secreto al alcance. No había peligro en ello. No pasaba nadie—y con eso saltó. Nada más se oía que el crujido leve de la grava bajo sus pies que delataba su acción.

En estos dos días, andar a hurtadillas y espiar se había convertido en el deleite de su vida, y una intensa dicha, mezclada con un leve temblor de alarma, lo inundaba mientras caminaba de puntillas por el exterior del hotel, evitando cuidadosamente las luces. Primero miró en el comedor. Sus asientos estaban vacíos. De ventana en ventana fue husmeando, siempre fuera del hotel, pues temía

encontrarse con ellos en algún pasillo si entraba. En ningún sitio se veían, y estaba a punto de perder la esperanza cuando vio dos sombras emerger por una puerta lateral—se encogió y se retiró a la oscuridad—y allí salieron su madre y su inseparable acompañante.

—Justo a tiempo —pensó. ¿Qué decían? No podía oír, pues hablaban en voz muy baja y el viento hacía estruendo entre los árboles. Su madre se rió. Era una risa que nunca antes había oído de ella, una risa peculiarmente aguda y nerviosa, como si de repente la hubieran cosquilleado. Causó en el niño una impresión curiosa y lo sobresaltó.

—Pero si se ríe —pensó—, no puede ser algo peligroso, nada muy grande y poderoso lo que estén ocultando de mí. Se sintió algo desilusionado. “Sin embargo, ¿por qué abandonaban el hotel? ¿Adónde iban solos en la noche?”

De vez en cuando, grandes cortinas de nubes oscurecían la luna, y la oscuridad era tan intensa que apenas se distinguía la carretera blanca a los pies, pero pronto la luna emergía de nuevo y vestía el paisaje con una sábana de plata. En uno de esos momentos en que todo el campo se inundaba de brillo, Edgar vio las dos siluetas descendiendo por la carretera, o más bien una silueta, tan juntas que parecían abrazarse por el terror. ¿Pero adónde iban? Los abetos gemían, el bosque estaba enardecido, de manera inquietante, como si de una cacería salvaje se tratase en sus profundidades.

—Las seguiré —pensó Edgar—. No me pueden oír en todo este estruendo.

Apegándose al borde del bosque, en la sombra, desde donde podía verlos fácilmente en la clara carretera blanca, los siguió sin descanso, bendiciendo al viento por hacer inaudibles sus pasos y maldiciéndolo por arrastrar el sonido de su conversación. No fue hasta que los oyó hablar que pudo estar seguro de aprender el secreto.

El barón y su acompañante continuaron su marcha sin reparos. Se sentían completamente solos en aquella amplia y resonante noche y

se perdían en su creciente excitación, sin imaginar que en las altas márgenes de la carretera, en la sombría arboleda, cada uno de sus movimientos era observado, y un par de ojos los asfixiaba en un salvaje abrazo de odio y curiosidad.

De repente, se detuvieron, y Edgar, a su vez, se paralizó al instante y se pegó a un árbol, aterrado de que volvieran y alcanzaran el hotel antes que él, de modo que su madre descubriera que su habitación estaba vacía y se enterara de que la habían seguido. Entonces tendría que renunciar a la esperanza de arrancarles el secreto. Pero la pareja vaciló. Evidentemente, existía una diferencia de opinión entre ellos. Afortunadamente, en ese momento la luna brillaba sin atenuarse por las nubes, y él pudo ver todo claramente. El barón señaló un sendero lateral que descendía hacia el valle, por donde la luz de la luna caía, no en un amplio torrente de resplandor, sino en parches filtrados aquí y allá entre el denso follaje.

—¿Por qué quiere él bajar por ahí? —pensó Edgar.

Aparentemente, su madre se negaba a tomar ese camino, y el barón intentaba persuadirla. Edgar pudo notar por sus gestos que hablaba con vehemencia. El niño se alarmó. ¿Qué quiere ese hombre de su madre? ¿Por qué intenta—iel villano!—arrastrarla a la oscuridad? De sus libros, para él, el mundo evocaba memorias vivas de asesinatos, seducción y crimen siniestro. Allí, lo tenía: el barón pretendía asesinarla. Por eso había mantenido a Edgar a distancia, y la había atraído a ese lugar solitario. ¿Debería gritar pidiendo auxilio? ¡Asesinato! Quería gritar, pero su garganta y labios estaban secos y no salió sonido alguno de su boca. Sus nervios estaban tensos como la cuerda de un arco, apenas podía mantenerse erguido sobre sus rodillas temblorosas, y extendió la mano en busca de apoyo, cuando, icrac, crac!, una rama se quebró en su agarre.

Al oírse el crujido, los dos se giraron alarmados y se quedaron mirando la oscuridad. Edgar se aferró al árbol, su pequeño cuerpo completamente envuelto en sombras, quieto como la muerte. Sin embargo, parecieron haberse asustado.

—Vámonos a casa —pudo oír ahora su madre decir ansiosamente, y el barón, evidentemente también alterado, asintió. Pegados el uno al otro, regresaron caminando muy despacio. Su bochorno fue la buena fortuna de Edgar. Se puso a cuatro patas y se arrastró, desgarrándose las manos y la ropa con las zarzas, a través de la maleza hasta el borde del bosque, desde donde corrió sin aliento de vuelta al hotel y subió las escaleras hasta su habitación. Por suerte, la llave se atascaba por fuera, y en un segundo ya estaba en su cuarto, recostado en la cama, donde tuvo que descansar unos instantes para calmar su corazón palpitante. Tras dos o tres minutos se levantó y miró por la ventana, esperando su regreso.

Deben haber caminado muy despacio, de hecho. Les tomó una eternidad. Con cautela, se asomó desde el marco en sombra. Allí, al fin, llegaron a paso de caracol, con la luz de la luna iluminando sus ropas. Parecían fantasmas en un resplandor verdoso, y de nuevo le invadió un horror delicioso, preguntándose si realmente podría haberse consumado un asesinato, y qué catastrófe espantosa habría evitado por su presencia. Podía ver claramente sus rostros, que lucían encalados en la luz blanca. Su madre tenía una expresión de éxtasis que, en ella, le resultaba extraña, mientras el barón se veía duro y abatido. Probablemente, porque había fracasado en cumplir su propósito.

Ya estaban muy cerca del hotel, pero no fue hasta que alcanzaron los escalones que sus figuras se separaron. ¿Se mirarían? Edgar esperó ansioso. No.

—Se han olvidado totalmente de mí —pensó airado, y luego, en triunfo, añadió: “Pero yo no me he olvidado de ustedes. Ustedes creen que estoy dormido o soy inexistente, pero se darán cuenta de que se equivocan. Vigilaré cada uno de sus pasos hasta extraerles el secreto, ivillano!, ese espantoso secreto que me quita el sueño por las noches. Romperé las cuerdas que los atan. Yo no me voy a dormir.”

Al entrar la pareja por la puerta, sus sombras se mezclaron de nuevo en una franja ancha que pronto se redujo hasta desaparecer.

Y otra vez, el espacio frente al hotel quedó sereno bajo la luz de la luna, como un prado de nieve.

## **CAPÍTULO XI**

### **EL ATAQUE SORPRESA**

Edgar se alejó de la ventana, respirando con dificultad, estremeciéndose de horror. Un misterio tan espantoso nunca había tocado su vida antes; el mundo erudito de aventuras emocionantes, excitación, engaño y asesinato siempre había pertenecido al mismo reino que el país de las maravillas de los cuentos de hadas, el mundo de los sueños, lejano, irreal e inalcanzable. Ahora, sin embargo, se veía sumergido en medio de este fascinantemente terrible mundo, y todo su ser vibraba delirantemente. ¿Quién era ese ser misterioso que había irrumpido en su tranquila vida? ¿Era realmente un asesino? Si no, ¿por qué intentaba arrastrar siempre a su madre hacia un lugar remoto y oscuro? Edgar estaba seguro de que algo espantoso estaba a punto de suceder. No sabía qué hacer. Por la mañana seguramente escribiría o telegrafiaría a su padre—¿o por qué no en este mismo instante? Su madre aún no estaba en su habitación, sino que seguía con esa horrible persona.

La puerta de la habitación de Edgar estaba adornada con una portière, y él abrió suavemente su puerta ahora, la cerró tras de sí y se metió entre la puerta y la portière, escuchando los pasos de su madre en el pasillo, decidido a no dejarla sola ni por un instante.

El pasillo, a esa hora de medianoche, estaba tranquilo, vacío y débilmente iluminado por un solo foco de gas. Los minutos parecían alargarse hasta convertirse en horas, antes de que él oiese pasos cautelosos subiendo las escaleras. Tendido a escuchar, los pasos no avanzaban con el rápido y regular ritmo de alguien que se dirige directamente a su habitación, sino que sonaban vacilantes y arrastrados, como si subiesen una empinada y difícil escalada. Edgar también percibió el sonido de susurros, una pausa, y luego más susurros. Se estremecía de excitación. ¿Venían los dos juntos? ¿Seguía la criatura aferrada a ella? Los susurros eran demasiado bajos y distantes para captar lo que decían. Pero los pasos, aunque lentos y con pausas, se acercaban. Y ahora pudo oír la voz del barón —¡oh, cuánto odiaba ese sonido!—diciendo algo en tono bajo y ronco, que no lograba entender, y luego su madre contestaba como si tratara de ahuyentar algo:

—¡No, no, esta noche no!

La excitación de Edgar se elevó a un calor febril. A medida que se acercaban, él tendría que captar cada palabra. Cada centímetro que se aproximaban era como un golpe físico en su pecho, y la voz del barón, ¡qué fea le parecía!, esa voz voraz, agarradora y repugnante.

—No seas cruel. Estuviste tan hermosa esta noche.

—No, no, no debo. No puedo. ¡Déjame ir!

Había tanta alarma en la voz de su madre que el niño se llenó de terror. ¿Qué quería que hiciese el barón? ¿Por qué ella tenía miedo?

Ahora estaban bastante cerca de él, aparentemente justo frente a la portière. A uno o dos pies de distancia se encontraba él, tembloroso, invisible, con apenas un trozo de cortina como única protección.

Edgar oyó a su madre emitir un leve gemido, como si sus fuerzas de resistencia estuvieran decayendo.

—¿Pero qué era eso? —pensó—. Puedo oír que han pasado la puerta de mi madre y han seguido caminando por el pasillo. ¿A dónde la están arrastrando? ¿Por qué ya no responde? ¿Le habrá metido en la boca su pañuelo y le estará apretando el cuello?

Enloquecido con ese pensamiento, Edgar apartó la portière y se asomó al pasillo, espiando a las dos figuras en la penumbra. El barón tenía su brazo alrededor de la cintura de la mujer y la forzaba a avanzar suavemente, evidentemente con poca resistencia de su parte. Se detuvo junto a su propia puerta.

—“Quiere arrastrarla para cometer el acto abominable”, pensó el niño, y, apartando la portière de un tirón, salió corriendo por el pasillo hacia ellos.

Su madre gritó; algo saltó hacia ella desde la oscuridad, y pareció desvanecerse. El barón la sostuvo con dificultad. Al instante siguiente, sintió un pequeño puño golpeándole, destrozándole los labios contra los dientes, y un pequeño cuerpo arañándole cual felino. Soltó a la aterrorizada mujer, quien escapó rápidamente, y, sin saber contra quién, él respondió a ciegas.

El niño sabía que él era el más débil de los dos, pero nunca cedió. Al fin, al fin, había llegado el gran momento en que podría descargar todo su amor traicionado y su acumulado odio. Con los labios fruncidos y una expresión de frenesí en el rostro, golpeó al barón con sus dos pequeños puños.

Para entonces, el barón había reconocido a su agresor. También él estaba impregnado de odio hacia el pequeño espía que lo había seguido y entrometido en su juego, y respondió golpeando a ciegas. Edgar gimió una o dos veces, pero no se rindió, y no pidió auxilio. Lucharon durante una fracción de minuto en el oscuro pasillo, de forma sombría y hosca, sin intercambiar ni una sola palabra. Pero pronto el barón recobró el juicio y, al darse cuenta de lo absurdo que era este duelo con un niño medio crecido, sujetó a Edgar para

arrojarlo. Pero Edgar, sintiendo que sus músculos se debilitarían y consciente de que en el siguiente instante sería vencido, estalló, enfurecido, contra la mano fuerte y firme que lo sujetaba por la nuca. El barón no pudo reprimir un leve grito, y soltó a Edgar, quien aprovechó la oportunidad para correr a su habitación y echar el cerrojo.

La lucha de medianoche duró no más de un minuto. Nadie en ninguna de las habitaciones a lo largo del pasillo oyó ni un sonido. Todo quedó en silencio, envuelto en el sueño.

El barón se limpió la mano ensangrentada con su pañuelo y, con inquietud, escudriñó la oscuridad para asegurarse de que nadie lo hubiera visto o escuchado. Todo lo que vio fue un único foco de gas guiñándole, pensó sarcásticamente.

## **CAPÍTULO XII**

### **LA TEMPESTAD**

Edgar se despertó a la mañana siguiente aturdido, preguntándose si no habría sido un sueño espantoso, y con esa sensación enfermiza que queda tras una pesadilla, la cabeza pesada como plomo y el cuerpo como un trozo de madera. Sólo fue después de uno o dos minutos cuando se dio cuenta, con cierto sobresalto, de que aún

vestía su ropa de día. Saltó de la cama y fue a mirarse en el espejo. La imagen de su propio rostro pálido y deformado, con el cabello despeinado y una hinchazón roja y alargada en la frente, le hizo retroceder con un estremecimiento. Le devolvió dolorosamente la realidad. Recordó los detalles de la pelea en el pasillo, su carrera de regreso a la habitación y arrojarle a la cama ya vestido. Debió haberse quedado dormido de esa manera y haber soñado todo de nuevo, sólo peor y mezclado con el olor cálido de sangre fresca fluyendo.

Pasos crujían sobre la grava debajo de su ventana, voces se elevaban como pájaros invisibles, y el sol penetraba profundamente en la habitación. "Debe ser muy tarde", pensó, echando un vistazo a su reloj. Pero las manecillas marcaban la medianoche. En la emoción del día anterior, se había olvidado de darle cuerda. Esa incertidumbre, ese suspendido entre el tiempo, lo perturbaba, y su asco se acrecentaba por la confusión mental acerca de lo que realmente había ocurrido. Se vistió rápidamente y bajó, con una vaga sensación de culpa en el corazón.

En el comedor, su madre estaba sentada en la mesa habitual, sola. Gracias a Dios, su enemigo no estaba presente. Edgar no tendría que ver aquella rostro odioso. Y sin embargo, al acercarse a la mesa, no estaba seguro de sí mismo.

—Buenos días —dijo.

Su madre no respondió, ni siquiera alzó la vista, sino que mantuvo sus ojos fijos en una mirada curiosamente rígida hacia el exterior, mirando el paisaje. Se veía muy pálida, con los ojos enrojecidos y ese temblor de las fosas nasales que indicaba con claridad lo alterada que estaba. Edgar se mordió los labios. Su silencio lo desconcertaba. Realmente no sabía si había lastimado mucho al barón o si su madre tenía conocimiento alguno de su encuentro. La incertidumbre lo atormentaba. Pero el rostro de ella permanecía tan inexpresivo que ni se atrevía a levantar la vista, por miedo a que sus ojos, ahora ocultos tras párpados caídos, de repente levantaran las cortinas y se le lanzaran a la cara. Se quedó sentado muy quieto, sin

atreverse a emitir el más leve sonido, levantando la taza hasta los labios y volviéndola a colocar en el platillo con la máxima cautela, mientras de vez en cuando echaba miradas furtivas a los dedos de su madre, que jugueteaban nerviosamente con la cuchara y parecían, por la forma en que se doblaban, revelar una ira secreta.

Durante un cuarto de hora entero se sentó en la mesa en una opresiva expectativa de algo que nunca llegó. Ni una sola palabra de ella que aliviara su tensión. Y cuando su madre se levantó, aún sin dar señales de haber notado su presencia, él no supo qué hacer, si quedarse sentado en la mesa o acompañarla. Decidió por lo último, y la siguió humildemente, consciente de lo ridículo que resultaba seguirla ahora. Redujo sus pasos para quedar detrás, y ella, deliberadamente evitando notarlo, se dirigió a su habitación. Cuando Edgar llegó a la puerta, la encontró cerrada con llave.

¿Qué había pasado? Estaba desesperado. La seguridad del día anterior lo había abandonado. ¿Habría hecho algo mal, en definitiva, al atacar al barón? ¿Y acaso ellos preparaban un castigo para él o una nueva humillación? Algo debía suceder, estaba convencido, algo espantoso, muy pronto.

Sobre él y su madre se extendía la sensualidad de una tempestad en ciernes. Eran como dos polos electrificados que tendrían que descargarse de golpe. Y durante cuatro largas horas, el niño arrastró consigo la carga de aquella premonición, de habitación en habitación, hasta que su pequeño cuello se encorvó bajo el yugo invisible, y al mediodía era un niño muy humilde el que tomó asiento en la mesa.

—¿Cómo estás? —se atrevió a decir de nuevo, sintiendo que debía romper ese silencio tan ominoso como una gran nube negra de tormenta. Pero su madre siguió sin responder, manteniendo la mirada fija más allá de él.

Edgar, en renovado sobresalto, sintió que se encontraba en presencia de una ira calculada y concentrada que jamás había experimentado. Hasta entonces, los regaños de su madre habían

sido arrebatos nerviosos más que muestras de malicia, y pronto se disipaban en una sonrisa apaciguadora. Esta vez, sin embargo, había, según percibía, traído a la superficie una emoción salvaje desde lo más profundo de su ser, y esa poderosa fuerza que él había despertado lo aterrorizaba. Apenas se atrevía a comer. Su garganta estaba seca y encorvada en un nudo.

Su madre parecía no notar lo que acontecía en su hijo, pero al levantarse se volvió, con un aire despreocupado, y dijo:

—Ven a mi habitación después, Edgar, tengo algo que decirte.

Su tono no era amenazante, pero tan helado que Edgar sintió como si cada palabra fuese un eslabón de una cadena de hierro que se colocaba alrededor de su cuello. Su rebeldía había sido aplastada. En silencio, con un aire abatido, lo siguió hasta su habitación.

Allí, prolongó su agonía sin decir nada durante varios minutos, en los que Edgar oyó el sonar del reloj, y afuera la risa de un niño, y dentro de su propio pecho su corazón golpeando como un martillo de tripa. Sin embargo, ella tampoco parecía muy confiada en sí misma, pues mantenía la mirada desviada e incluso se daba la espalda al hablarle.

—No te diré nada sobre cómo te comportaste ayer. Fue imperdonable, y me avergüenza pensarlo. Tienes que sufrir las consecuencias de tu propia conducta. Lo único que quiero decirte es que ésta es la última vez que se te permitirá relacionarte con los mayores. Acabo de escribirle a tu padre para que o bien te pongan a cargo de un tutor, o te envíen a un internado donde te enseñarán modales. Ya no me molestarás más.

Edgar permaneció con la cabeza gacha, sintiendo que aquello era solo el prelude, una amenaza de lo que vendría, y esperó inquieto la continuación.

—Tendrás que pedirle perdón al barón —Edgar se estremeció, pero su madre no quiso interrumpir—. El barón se fue hoy, y tú le escribirás una carta que yo te dictaré.

Edgar volvió a moverse, pero su madre lo ignoró con firmeza.

—Sin protestas. Aquí tienes el papel, y aquí la pluma y la tinta. Siéntate.

Edgar levantó la vista. Los ojos de ella estaban tan acerados, con una determinación inflexible. Esa dureza y compostura en su madre eran totalmente nuevas y extrañas. Se asustó, y se sentó en el escritorio, manteniendo la cabeza agachada.

—La fecha, en la esquina superior derecha. ¿La has escrito? Espacio. Querido señor: —nueva línea— Acabo de enterarme, para mi pesar—, ¿captas?—, para mi pesar, que usted ya ha dejado Summering. Dos m's en Summering. Y así debo, por carta, hacer lo que había pretendido hacer en persona, es decir, —imás rápido, Edgar, no tienes que dibujar cada letra!— pedirle perdón por lo que hice ayer. Como te dijo mi madre, estoy convaleciente de una grave enfermedad y me altero mucho. Por mi condición, a menudo exagero las cosas y al siguiente momento me arrepiento.

La espalda, encorvada sobre el escritorio, se enderezó de golpe. Edgar se volvió. Su rebeldía había vuelto a brotar.

—No escribiré eso. No es verdad.

—¡Edgar!

—No es verdad. No he hecho nada de lo que deba lamentarme. No he hecho nada malo por lo que deba pedir perdón a nadie. Simplemente acudí en tu ayuda cuando llamaste.

Cada gota de sangre se le escapó de los labios; sus fosas nasales se ensancharon.

—¿Llamaste a pedir ayuda? Estás loco.

Edgar se enojó y saltó de su silla.

—Sí, llamaste a pedir ayuda en el pasillo, cuando él te agarró. Dijiste: "¡Déjame ir, déjame ir!" tan fuerte que lo oí desde mi habitación.

—Mientes. Yo nunca estuve en el pasillo con el barón. Él me acompañó sólo hasta el pie de las escaleras—

El corazón de Edgar se detuvo ante la desvergonzada mentira. La miró fijamente, con los ojos vidriosos, y lloró con una voz espesa y ronca de pasión:

—¿Tú no estuviste en el pasillo? ¿Y él no te tuvo el brazo alrededor?

Ella soltó una risa fría y seca.

—Estabas soñando.

Eso fue demasiado. El niño, para ese momento, sabía que los adultos mienten y recurren a pequeñas evasiones descaradas, mentiras que se cuelan por finas tamices, y ambigüedades astutas. Pero esa negación rotunda de un hecho absoluto, cara a cara, lo lanzó a un frenesí.

—¿Soñando, yo? ¿También soñé ese bulto en mi frente?

—¿Cómo voy a saber con quién andas de juerga? Pero no voy a discutir contigo. Debes obedecer las órdenes. Eso es todo. Siéntate y termina la carta.— Dijo ella, muy pálida, convocando todas sus fuerzas para mantenerse en pie.

En Edgar se apagó la última diminuta chispa de credulidad. Pisotear la verdad y apagarla como se extingue una cerilla en llamas era algo que no podía soportar. Su interior se solidificó en un bulto helado, y todo lo que decía ahora estaba impregnado de una malicia desenfrenada y punzante.

—¿Entonces soñé lo que vi en el vestíbulo, verdad? Soñé ese bulto en mi frente, y que ustedes dos salieron a pasear a la luz de la luna y que él quiso obligarlos a bajar por el sendero oscuro que conduce al valle. Soñé todo eso, ¿verdad? ¿Qué crees? ¿Que voy a dejarme encerrar como a un bebé? No, no soy tan tonto como piensas. Yo sé lo que sé.

Él la miró desvergonzadamente a la cara. Ver el rostro de su hijo, cercano al suyo, deformado por el odio, la desmoronó por completo. Su pasión se desbordó en una ola inmensa.

—Siéntate y escribe esa carta, o...—

—¿O qué?— espetó él con sorna.

—O te daré una nalgada como a un niño pequeño.

Edgar se acercó a ella y simplemente soltó una risa sardónica.

Con eso, su mano salió de golpe y le azotó la cara. Edgar dejó escapar un pequeño grito, y, como un ahogado, con un murmullo sordo en los oídos y destellos en la vista, respondió a ciegas con ambos puños. Sintió que se topaba con algo blando, un rostro, oyó un grito...

El grito lo devolvió a sí mismo. De repente, se vio a sí mismo y su acto monstruoso: había golpeado a su propia madre.

Un terror espantoso lo invadió, la vergüenza y el horror, y un impulso impetuoso de alejarse, de hundirse en la tierra; quería huir, huir lejos, lejos de esos ojos que lo observaban. Se dirigió hacia la puerta y en un instante se marchó: bajó las escaleras, atravesó el vestíbulo, salió a la calle. Lejos, lejos, como si una manada de bestias voraces estuviera pisándole los talones.

## CAPÍTULO XIII

### LA PERCEPCIÓN NACIENTE

Después de haber puesto una larga distancia entre él y el hotel, Edgar dejó de correr. Jadeaba con dificultad y tuvo que apoyarse en un árbol para recuperar el aliento y calmar el temblor de sus rodillas. El horror de su propia acción, de la que huía, le apretaba la garganta y lo sacudía como si tuviese fiebre. ¿Qué debía hacer ahora? ¿A dónde huir? Ya sentía una profunda sensación de soledad, allí, en el bosque, a tan solo una milla de la casa. Todo parecía diferente, menos amistoso, menos amable, ahora que estaba solo e indefenso. Los árboles, que apenas el día anterior le susurraban como hermanos, ahora se agrupaban oscurecidos, como amenazadores. Esa soledad en el vasto mundo desconocido aturdía al niño. No, aún no podía estar solo. ¿Pero a quién debía acudir? Le daba miedo su padre, que se alteraba con facilidad y era inaccesible. Además, su padre lo devolvería directamente a su madre, y Edgar prefería la terrible incertidumbre de lo desconocido a eso. Sentía que jamás podría mirar el rostro de su madre sin recordar que la había golpeado con el puño.

Se le ocurrió su abuela en Bains. Era tan dulce y amable, siempre lo mimaba y acudía en su rescate cuando, en casa, era víctima de alguna injusticia. Se quedaría con ella hasta que pasara la primera tormenta de ira, y luego escribiría a sus padres para pedirles perdón. En ese breve cuarto de hora, ya se había humillado tanto ante la

sola idea de estar, sin experiencia, solo en el mundo, que maldijo el estúpido orgullo que la mentira de un simple extraño había encendido en él. Ya no deseaba ser nada más que el niño que había sido: obediente, paciente y sin la arrogancia que ahora consideraba excesiva.

Pero, ¿cómo llegar a Bains? Sacó su pequeño monedero y bendijo su estrella de la suerte al constatar que allí estaba, sano y salvo, la moneda de oro de diez dólares que le habían regalado en su cumpleaños. Nunca se había permitido romperla. Cada día revisaba su cartera para ver que seguía allí, deleitándose con su aspecto y puliéndola agradecido con su pañuelo hasta que brillaba como un diminuto sol. ¿Pero serán suficientes los diez dólares? Había viajado en tren muchas veces sin pensar en que había que pagar, y mucho menos cuánto se pagaba, si diez o cien dólares. Por primera vez se dio cuenta de que había hechos en la vida sobre los que jamás había reflexionado, y que todas las cosas que lo rodeaban, aquellas que había sostenido en sus manos y con las que había juguetado, contenían de alguna manera un valor propio, una importancia especial. Una hora antes pensaba que lo sabía todo. Ahora se percataba de que había pasado por mil misterios y problemas sin notarlos, y se avergonzaba de que su pobre y pequeña sabiduría hubiera tropezado en el primer paso de su entrada en la vida. Se fue desanimando cada vez más, y sus pasos se hicieron lentos al acercarse a la estación.

¡Cuántas veces había soñado con esta huida de casa, con lanzarse a la gran Vida, convirtiéndose en rey o emperador, soldado o poeta! Y ahora miraba tímidamente el pequeño edificio luminoso que tenía delante y pensaba únicamente si esos diez dólares le llevarían a la casa de su abuela en Bains.

Los raíles se extendían monótonamente hacia el campo, la estación estaba desierta. Edgar se acercó a la ventana con timidez y preguntó, en voz baja para que solo el taquillero la oyera, cuánto costaba un billete a Bains. Unos ojos divertidos y algo asombrados detrás de unas gafas sonrieron al tímido niño.

—¿Tarifa completa o media tarifa?

—Tarifa completa —balbuceó Edgar, completamente desprovisto de orgullo.

—Tres dólares con treinta y cinco centavos.

—Dame un billete, por favor.

Con gran alivio, Edgar introdujo la querida moneda de oro pulida debajo de la reja; el cambio repiqueteó en el alféizar, y de repente se sintió inmensamente rico al sostener el talón de papel de colores que le garantizaba su libertad, acompañado del sonido de las monedas tintineando en su bolsillo.

Al examinar el horario, descubrió que habría un tren en apenas veinte minutos, y se retiró a un rincón para alejarse de las pocas personas que holgazaneaban en la plataforma. Aunque era evidente que no albergaban sospechas, el niño, como si su huida y su crimen estuviesen grabados en su frente, sentía que solo lo miraban a él y se preguntaban por qué un simple chico como él viajaba solo. Dejó escapar un gran suspiro de alivio cuando finalmente se oyó el primer silbato en la distancia, y el retumbar se acercó cada vez más, hasta que el tren que lo llevaría al gran mundo sopló y resopló al llegar a la estación.

No fue hasta que Edgar tomó asiento en el tren que notó que sólo había conseguido un pasaje de tercera clase. Habiendo viajado siempre en primera clase, volvió a sentirse diferente. Allí vio que existían distinciones que le habían pasado desapercibidas. Sus compañeros de viaje no eran como los de sus viajes en primera clase; había unos pocos trabajadores italianos, con manos curtidas y voces toscas, portando picos y palas. Se sentaban directamente frente a él, con ojos apagados y desconsolados, mirando al vacío. Debían haber trabajado muy duro en la carretera, pues algunos dormían en el vagón vibrante, con la boca abierta, apoyados contra la dura y sucia madera.

—Han estado trabajando para ganar dinero —se dijo Edgar, intentando adivinar cuánto ganaban, sin poder decidirlo. Y así, otro

hecho perturbador se le impuso: el dinero era algo que no siempre se tenía a mano, sino que había que ganarlo de algún modo. Y por primera vez se dio cuenta de que había asumido sin cuestionarlo la facilidad con la que había sido envuelto, y que a derecha e izquierda se abrían abismos que sus ojos nunca habían contemplado. Le vino, de repente, con el choque de la sorpresa, que existían oficios y profesiones, que su vida estaba rodeada de innumerables secretos, al alcance y tangibles, aunque jamás los había notado.

Edgar estaba aprendiendo mucho en esa única hora de soledad y vio muchas cosas al mirar por su estrecho compartimento hacia el gran y amplio mundo. Y a pesar de su oscuro temor, algo comenzó a desplegarse suavemente dentro de él, no exactamente felicidad aún, sino un asombro ante la diversidad de la vida. Había huido, sentía, por miedo y cobardía, sin embargo, fue su primer acto de independencia, y había experimentado algo de la realidad que hasta entonces había ignorado. Quizás él mismo ahora era tanto un misterio para su madre y su padre como lo había sido el mundo para él. Miraba por la ventana con otros ojos. Ahora contemplaba las realidades, le parecía. Se había levantado el velo de todas las cosas, y éstas le mostraban el núcleo de su propósito, la fuente secreta de sus acciones. Las casas pasaban volando, como arrancadas por el viento, y se imaginaba a sí mismo a las personas que vivían en ellas. ¿Eran ricas o pobres, felices o infelices? ¿Estaban llenas del mismo ansia de saberlo todo que él? ¿Y había niños en esas casas, como él, que simplemente jugaban con las cosas? Los señaladores que hacían la seña al tren ya no le parecían muñecas dispersas, objetos inanimados, juguetes colocados allí por pura casualidad indiferente. Edgar comprendió ahora que dar la señal era su destino, su lucha con la vida.

Las ruedas giraban más y más rápido; el tren, por serpenteantes caminos, descendía de las alturas, las montañas adquirían curvas más suaves y se alejaban en la distancia. Se alcanzaba la llanura, y Edgar echó un último vistazo hacia atrás. Allí estaban las montañas, como sombras azules, remotas e inaccesibles. Y para Edgar era

como si su niñez reposara allí, donde se fusionaban suavemente con los celestes brumosos.

## **CAPÍTULO XIV**

### **LA OSCURIDAD Y LA CONFUSIÓN**

Cuando el tren se detuvo en la estación de Bains, las farolas ya estaban encendidas, y aunque la estación brillaba con sus señales rojas, blancas y verdes, Edgar sintió inesperadamente un pavor ante la noche que se acercaba. De día aún habría estado confiado. La gente habría llenado las calles, se podría haber sentado en un banco a descansar o mirar los escaparates. Pero, ¿cómo soportaría cuando todos se hubieran retirado a sus hogares y se hubieran ido a dormir en paz, mientras él, consciente de haber hecho algo malo, vagaba solo por una ciudad extraña? ¡Sólo para tener un techo sobre su cabeza, no para pasar otro momento bajo los cielos abiertos! Ese era su sentimiento más marcado.

Se apresuró por el camino conocido sin mirar a derecha o izquierda hasta llegar a la villa de su abuela. Estaba en una hermosa y amplia avenida, situada, no a la vista de los transeúntes, sino detrás de las vides, arbustos e hiedra de un jardín bien cuidado, un resplandor oculto tras una nube de verde, una casa blanca, de estilo

antiguo y acogedor. Edgar se asomó por la reja de hierro como un forastero. No se oía ningún sonido en su interior y las ventanas estaban cerradas. Evidentemente, la familia y los invitados se encontraban en el jardín trasero de la casa.

Edgar estuvo a punto de tirar del timbre cuando ocurrió algo extraño. De repente, aquello que hasta pocas horas antes le había parecido natural, ahora se volvió imposible. ¿Cómo iba a entrar en la casa, cómo saludaría a su abuela y a su familia, cómo soportaría todas las preguntas con las que lo asediarían, y cómo las respondería? ¿Cómo soportaría las miradas que le echarían cuando tuviera que explicar, como se vería obligado a hacerlo, que había huido de su madre? Y, sobre todo, ¿cómo explicaría su monstruoso acto, que él mismo ya no comprendía? Se escuchó un portazo en la casa, y Edgar, en un súbito pánico de ser descubierto, salió corriendo.

Al llegar al parque, se detuvo. Allí estaba oscuro, y esperaba encontrarlo vacío, pensando que sería un buen lugar para sentarse, descansar y finalmente reflexionar en calma para comprender su destino. Se adentró tímidamente por la reja. Cerca de la entrada, unas pocas lámparas encendidas daban a las hojas jóvenes de los árboles un resplandor fantasmal de verde translúcido, pero más adentro, cuesta abajo en el parque, todo se extendía como una masa negra y fermentadora en la penumbra.

Ansioso por estar solo, Edgar se deslizó entre las pocas personas que se encontraban sentadas a la luz de las lámparas, conversando o leyendo. Pero incluso en las profundas sombras de los caminos no iluminados no reinaba el silencio. Se oían susurros bajos que parecían evitar la luz, sonidos mezclados con el crujido de las hojas, el roce de pies, voces apagadas, todo fusionado con un cierto sonido voluptuoso, de suspiros y gemidos, que parecía emanar de las personas, de los animales y de la naturaleza, todos sumidos en un sueño perturbado. Era una inquietud que tenía algo de presagio, algo furtivo, oculto, desconcertante, una especie de agitación subterránea en el bosque que, quizás, no estaba relacionada con

nada más que con la primavera, y sin embargo tenía un efecto particularmente alarmante en el niño.

Se encogió en un pequeño bulto sobre un banco y trató de pensar en lo que diría en casa. Pero sus pensamientos se le resbalaban como en una superficie mojada antes de que pudiera aferrarse a sus propias ideas, y, a pesar de sí mismo, tuvo que seguir escuchando, escuchando los tonos apagados, las voces místicas de la oscuridad. ¡Qué terrible era esa oscuridad, cuán desconcertante y, sin embargo, cuán misteriosamente bella!

¿Eran animales, o personas, o simplemente la mano fantasmal del viento que entrelazaba todo ese crujido, crepitar y zumbido? Escuchó. Era el viento moviendo suavemente las copas de los árboles. No, no lo era; eran personas—ahora podía ver claramente—parejas tomadas del brazo, que salían de la ciudad iluminada para animar la oscuridad con su presencia desconcertante. ¿Qué buscaban? No lo podía discernir. No parecían hablar entre sí, pues no se oían voces. Lo único que captaba era el sonido de sus pasos sobre la grava y, de vez en cuando, la visión de sus figuras moviéndose como sombras a través de algún espacio despejado entre los árboles, siempre con los brazos entrelazados, como su madre y el barón a la luz de la luna.

Así, el gran, deslumbrante y portentoso secreto estaba allí también.

Se oyeron pasos acercándose. Una risa apagada. Edgar, por temor a ser descubierto, se retiró aún más en la oscuridad. Pero la pareja, que ahora se abría paso a tientas en la densa penumbra, no le prestó atención. Lo pasaron de largo, estrechamente unidos, y se detuvieron apenas a unos pocos pies de su banco. Se acercaron tanto que juntaron sus rostros. Edgar no pudo ver claramente, pero oyó un suave gemido de la mujer y al hombre tartamear palabras enardecidas, casi locas. Una especie de presentimiento sensual tocó la alarma de Edgar con un estremecimiento que fue a la vez sensual y placentero.

La pareja permaneció así durante un minuto aproximadamente, y luego la grava volvió a crujir bajo sus pasos, y el sonido de sus pisadas se perdió en la oscuridad.

Un temblor recorrió a Edgar. Su sangre bullía caliente por sus venas, y de repente se sintió insoportablemente solo en aquella desconcertante oscuridad, y la necesidad de oír la voz de un amigo, un abrazo, una habitación luminosa, gente a la que amaba, lo invadió con fuerza elemental. Toda aquella oscuridad enmarañada esa noche parecía estar dentro de su pecho, desgarrándolo.

Se levantó de un salto. Estar en casa, simplemente estar en casa, en cualquier sitio donde se sintiera a gusto en una habitación cálida y luminosa, en compañía de gente. ¿Qué podría pasar entonces? Incluso si lo regañaran y le dieran una paliza, no le importaría toda aquella oscuridad y el temor a la soledad.

Inconscientemente, se encaminó de regreso a la villa de su abuela, y se encontró de nuevo con el frío timbre de la puerta en su mano. Ahora, observó que las ventanas iluminadas brillaban a través del follaje, y se imaginó cada habitación perteneciente a cada ventana y a las personas que había en ellas. Esa proximidad a seres familiares, el reconfortante sentimiento de estar cerca de gente que, él sabía, lo amaba, le resultó encantador, y si dudaba, era simplemente para saborear esa alegría un poco más.

De repente, una voz aterrorizada detrás de él gritó:

—¡Edgar! ¡Mira, ahí está!

Era la criada de su abuela. Se abalanzó sobre él y le agarró la mano. La puerta se abrió de golpe desde dentro, un perro saltó sobre Edgar ladrando, gente empezó a correr y se oyeron voces mezcladas de alarma y alegría. La primera en encontrarse con Edgar fue su abuela, con los brazos extendidos, y detrás de ella—él pensó que debía estar soñando—su madre.

Las lágrimas llenaron los ojos de Edgar, y se quedó en medio de esa efusiva explosión de emociones, tembloroso e intimidado, sin

saber qué decir o hacer y muy inseguro de sus propios sentimientos. No estaba seguro de si se sentía feliz o asustado.

## **CAPÍTULO XV**

### **EL ÚLTIMO SUEÑO**

Lo habían estado buscando en Bains durante algún tiempo. Su madre, a pesar de su enojo, se alarmó cuando él no regresó, y se hizo una búsqueda por todo Summering. Todo el lugar se despertó, y la gente formulaba todo tipo de conjeturas espantosas cuando un hombre trajo la noticia de que había visto al niño en la taquilla. Una investigación en la estación de tren, por supuesto, descubrió que Edgar había comprado un billete a Bains, y su madre, sin dudarlo, tomó el tren inmediatamente después de él, telegráficando primero a su padre y a su abuela.

La familia retuvo a Edgar, pero no de manera forzada. Al contrario, lo condujeron, con un aire de triunfo reprimido, hacia la sala principal. Y qué extraño fue que a él no le importaran sus reproches, porque veía felicidad y amor en sus ojos. Incluso la ira fingida duró apenas uno o dos segundos. Su abuela lo abrazaba de nuevo entre lágrimas, nadie mencionaba su mala conducta, y él experimentaba la maravilla de la protección que lo rodeaba.

La criada le quitó el abrigo y le trajo uno más cálido, y su abuela preguntó si no quería algo de comer. Lo asediaban con sus preguntas y su ternura, pero dejaron de interrogarlo al notar lo avergonzado que estaba. Deliciosamente, volvió a experimentar aquella sensación que antes tanto había despreciado de ser completamente un niño, y se avergonzó de la arrogancia de los últimos días, cuando había querido prescindir de todo ello y cambiarlo por la engañosa alegría de la soledad.

Sonó el teléfono en la habitación contigua. Escuchó fragmentos de la voz de su madre: "Edgar... ya estoy de vuelta. Llegué... el último tren", y se maravilló de que no se hubiera enfurecido contra él. Ella lo había abrazado, con una expresión peculiarmente contenida en sus ojos.

Empezó a lamentar cada vez más su conducta, y le habría gustado liberarse de la ternura de su abuela y de su tía, salir corriendo hacia su madre y pedirle perdón, confesarle, con una humildad extrema, que deseaba volver a ser un niño y obedecerla. Pero al levantarse, con un movimiento perfectamente gentil, su abuela preguntó, alarmada, adónde iba. Se sintió avergonzado. Si daba un solo paso, los asustaba. Los había asustado terriblemente a todos, y temían que volviera a huir. ¿Cómo podría hacerles entender que nadie lamentaba su huida más que él?

La mesa ya estaba puesta y la cena había sido preparada apresuradamente para él. Su abuela se sentó a su lado, sin apartar la mirada de él. Ella, su tía y la criada lo mantuvieron firme en un círculo silencioso, cuya calidez lo calmaba de manera maravillosa, y el único pensamiento perturbador era la ausencia de su madre en la sala. Si tan solo ella pudiera adivinar lo humilde que se sentía, seguramente habría entrado.

Desde fuera se oyó el sonido de un taxi acercándose a la puerta. Todos se sobresaltaron, haciendo que Edgar se alterara. Su abuela salió; pudo oírse voces fuertes en el vestíbulo, y entonces se le ocurrió que debía ser su padre quien había llegado. Observó tímidamente que había quedado solo en la sala. Estar solo, incluso

por esos pocos instantes, lo puso nervioso. Su padre era un hombre severo; era la única persona a quien Edgar realmente temía. Escuchó. Su padre parecía excitado; su voz era alta y expresaba molestia. De vez en cuando se oían las voces suaves de su abuela y de su madre, en intentos evidentes de hacerle adoptar una actitud más amable. Pero la voz de su padre se mantenía dura—tan dura como el ruido de sus pasos, que se acercaban cada vez más, hasta detenerse de golpe en la puerta, la cual fue abierta violentamente.

El padre de Edgar era un hombre corpulento, y Edgar se sintió tan, tan pequeño a su lado mientras entraba en la sala, nervioso y genuinamente enojado, parecía.

—¿Qué se te pasó por la cabeza para huir? ¿Cómo pudiste darle tanto susto a tu madre? —Su voz era colérica y sus manos se movían de forma salvaje.

La madre de Edgar entró y se plantó detrás de su esposo, con el rostro en sombra.

Edgar no respondió. Sentía que debía justificarse, pero ¿cómo contar la historia de cómo le mintieron y de cómo su madre lo abofeteó? ¿Acaso su padre lo entendería?

—Bueno, ¿dónde está tu lengua? ¿Qué pasó? Puedes decírmelo, no debes tener miedo. Debiste haber tenido alguna buena razón para huir. ¿Te hizo algo alguien?

Edgar vaciló. Al recordar los sucesos en Summering, su ira empezó a reavivarse, y estuvo a punto de acusar a su madre cuando vio—su corazón se detuvo—que ella estaba haciendo un gesto extraño detrás de la espalda de su padre. Al principio no lo comprendió. Pero mantuvo la mirada en ella y notó que la expresión de su rostro era suplicante. Entonces, muy, muy suavemente, levantó el dedo a su boca, en señal de que debía guardar todo para sí mismo.

El niño sintió una gran y salvaje alegría inundar todo su cuerpo en una ola cálida. Supo que ella le estaba dando el secreto a guardar y que en sus labios infantiles pendía un destino humano. Lleno de un

júbilo orgulloso por la confianza que ella depositaba en él, de repente fue poseído por un deseo de autosacrificio. Exageró su propia culpa para demostrar lo mucho que había madurado como hombre. Reuniendo sus pensamientos, dijo:

—No, no. No hubo ninguna buena razón para que huyera. Mamá fue muy amable conmigo, pero no me comporté, y me avergoncé, y por eso... y por eso huí.

El padre miró a su hijo asombrado. Tal confesión era lo último que esperaba oír. Su ira se disipó.

—Bueno, si lo sientes, entonces está bien, y hoy no hablaremos más del asunto. Pero en el futuro deberás tener cuidado de no hacer nada parecido otra vez —hizo una pausa y miró a Edgar, y su voz se volvió más suave al continuar—. ¡Qué pálido estás, chico! Pero creo que has crecido un poco en tan poco tiempo. Espero que no vuelvas a comportarte como un niño, porque realmente ya no lo eres, y deberías ser sensato.

Durante todo ese tiempo, Edgar había seguido mirando a su madre. Algo peculiar parecía brillar en sus ojos, o ¿sería el reflejo de la luz? No, era algo nuevo, sus ojos estaban húmedos y había en sus labios una sonrisa que le decía “gracias” a él.

Lo enviaron a la cama, pero ahora ya no le molestaba quedarse solo. Tenía tantas cosas en qué pensar. Toda la agonía de los días pasados se disipaba por la tremenda sensación de su primera experiencia de vida. Se sentía feliz, con un misterioso presentimiento de futuras experiencias. Afuera, los árboles susurraban en la noche sombría, pero él no tenía miedo. Había perdido toda impaciencia por tener que esperar a la vida ahora que comprendía lo rica que era. Por primera vez ese día, le pareció que había visto la vida desnuda, ya no velada por las mil mentiras de la infancia, la vio en toda su completa, temerosa y voluptuosa belleza. Jamás había imaginado que los días pudieran estar tan llenos de transiciones, de la tristeza a la alegría y de vuelta a la tristeza, y le alegraba pensar que le esperaban muchos días así y que toda una vida estaba dispuesta a

revelarle su misterio. Una primera intuición le llegó acerca de la diversidad de la vida. Por primera vez, pensó, comprendió el ser de los hombres, que se tenían en cuenta incluso cuando parecían ser hostiles, y que es muy dulce ser amado por ellos. Ya no era capaz de pensar en nada o en nadie con odio. No se arrepentía de nada y sentía gratitud incluso hacia el barón, su enemigo más amargo, porque fue él quien le abrió la puerta a este mundo de emociones nacientes.

Era muy dulce estar tumbado en la oscuridad, pensando en pensamientos vagamente mezclados con sueños, al borde del sueño.

¿Fue un sueño o Edgar realmente oyó la puerta abrirse y a alguien colarse suavemente en su habitación? Estaba demasiado somnoliento para abrir los ojos y mirar. Entonces sintió un aliento sobre su cara y el tacto de otro rostro, suave, cálido y gentil, contra el suyo, y supo que era su madre quien lo besaba y le acariciaba el cabello. Sintió sus besos y sus lágrimas, y respondió a sus caricias. Los tomó como reconciliación y gratitud por su silencio. No fue hasta muchos años después que comprendió realmente esas lágrimas silenciosas y supo que eran una promesa, de aquella mujer al borde de la mediana edad, de dedicarse en adelante a su hijo y renunciar a la aventura y a todo deseo en su propio beneficio. Eran una despedida. No supo que ella le agradecía algo más que su silencio. Estaba agradecida de que lo hubiera rescatado de una experiencia estéril, y en esas caricias le legaba el agrídulce legado de su amor para su futura vida. Nada de todo esto comprendía el niño tendido allí, pero sentía que era dichoso ser tan amado y que, por ese amor, ya estaba enredado en el gran secreto del mundo.

Cuando retiró su mano de su cabeza y sus labios de los suyos, y con un ligero batir de sus faldas salió de la habitación, algo cálido quedó detrás, un aliento sobre la boca de Edgar. Y un anhelo seductor le invadió, de sentir esos labios suaves sobre los suyos y ser abrazado con tanta ternura, una y otra vez.

Pero esa revelación del gran secreto, tan anhelado, ya estaba nublada por el sueño. Una vez más, todo lo sucedido en las últimas

horas se deslizó por la mente de Edgar, y de nuevo se pasaron las páginas del libro de su infancia, atrayéndose de forma seductora, hasta que el niño se quedó dormido, y comenzó el sueño más profundo de su vida.

**FIN**

1. [Ardiente secreto - Stefan Zweig](#)
2. [Capítulo I](#)
  1. [EL COMPAÑERO](#)
3. [Capítulo II](#)
  1. [AMISTAD RÁPIDA](#)
4. [Capítulo III](#)
  1. [EL TRÍO](#)
5. [Capítulo IV](#)
  1. [EL ATAQUE](#)
6. [Capítulo V](#)
  1. [LOS ELEFANTES](#)
7. [Capítulo VI](#)
  1. [LAS ESCARAMUZAS](#)
8. [Capítulo VII](#)
  1. [ARDIENTE SECRETO](#)
9. [Capítulo VIII](#)
  1. [LA HOSTILIDAD SILENTE](#)
10. [Capítulo IX](#)
  1. [LOS MENTIROsos](#)
11. [Capítulo X](#)
  1. [EN LA SEÑAL](#)
12. [Capítulo XI](#)
  1. [EL ATAQUE SORPRESA](#)
13. [Capítulo XII](#)
  1. [LA TEMPESTAD](#)
14. [Capítulo XIII](#)
  1. [LA PERCEPCIÓN NACIENTE](#)
15. [Capítulo XIV](#)
  1. [LA OSCURIDAD Y LA CONFUSIÓN](#)
16. [Capítulo XV](#)
  1. [EL ÚLTIMO SUEÑO](#)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**